

V. 134



À LA GLORIA
DE

LA NOBLE NACION ESPAÑOLA
QUE SOCORRIÓ

À LA CIUDAD DE MURCIA

EN LA DESASTROSA INUNDACION

DEL DIA 15 DE OCTUBRE DE 1879,

DEDICA

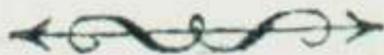
ESTE RELATO FIEL DEL INFAUSTO SUCESO

D. JOSÉ MARTINEZ JORNEL

REDACTOR ÚNICO

DE

EL DIARIO DE MURCIA.



MURCIA 1879.

Imprenta de EL DIARIO, San Nicolás, 6.

P. 108.464

CAPÍTULO I.

EL SITIO Y LA CATÁSTROFE.

Mucho tiempo hacía que no había tenido la huerta de Murcia un verano tan abundante de agua como el presente. En los meses secos de Julio y Agosto pasados, ha corrido por los innumerables cáuces de sus acequias y brazales el líquido alimento de los esquilmos, en mas abundancia que nunca, y, por su benéfica influencia, se han dado bien las hortalizas; el labrador ha podido pagar algo; preparar su casa para el invierno, comprar algunos animales, guardar algun trigo, hacerse de algun abono, vestirse, tener, en fin, un respiro, en esa azarosa y ya prolongada lucha de su vida agrícola, que viene librándose, en una no interrumpida sucesion de mas de veinte años, de la pérdida de la seda á la pérdida de la hortaliza, de la pérdida de la hortaliza al hielo de los ácidos, del hielo de los ácidos á la plaga del pimiento, de la plaga del pimiento á la depreciacion de los cereales, sin contar la carestía de los animales útiles, las últimas avenidas parciales del rio, el desbordamiento del Regueron, y las calenturas palúdicas que con la insistencia mas terrible diezman sordamente el olvidado vecindario de algunos parajes de la huerta.

El fructífero verano de este año, repetimos, había en cierto modo compensado en la huerta la accion constante de tanta calamidad. La suspension, aunque sea pasajera, de la desgracia, es para el infortunado una felicidad, y la huerta de Murcia era relativamente feliz en la tarde del dia 14 de Octubre, último dia en que lució para ella, y para mucho

tiempo, el sol fecundante y vivificador. Al oscurecer de aquella tarde guiaba el labrador satisfecho sus bueyes hacia el establo, después de haber removido, con la luciente reja del ligero arado, la tierra húmeda del rocío de las noches primeras de Otoño. Esperábanle el hogar tranquilo, el amor de la esposa, las caricias de los hijos, y una apetitosa, ya que no espléndida cena. En el hogar tibio, se oían los cantos de los mozos que iban de ronda por sendas y veredas, dando á los aires sus alegres y sencillos cantos, reclamos amorosos, que aunque parece se pierden en la inmensidad de la vega, encuentran siempre algun corazon que lo recoja, en el pecho de esas huertanas, que rozagantes y placenteras madrugan con el alba para ir á la fábrica y vuelven con la noche, de hilar el rico fruto del gusano de la seda.

Aquella tarde se había despedido el sol con la sonrisa de sus arreboles; y la noche había entrado prodigando sus encantos, como para convidar con las delicias de un sueño feliz. Todo era paz, todo contento, todo alegría y esperanza.

El pensar en estos momentos en la huerta de Murcia, nos trae á las mientes la descripcion famosa que de ella hizo uno de sus mas ilustres poetas.

«Murcia, dice Polo de Medina, hermosa poblacion de cortezanos árboles, habitacion del alba, escrupulosa verdad de los ojos y única admiracion de los hombres, aunque adivinen sus pensamientos los futuros siglos y recorran los pasados, desengañados los presentes de más hermosura y grandeza; siendo la suya en longitud seis leguas y en latitud legua y media, sin que la mas leve parte de su sitio no se consienta al peinado aseo del arado, tan agradecido á su buen trato, que se lo corresponde —despreciando enojos del invierno— ya en el rico y abundante fruto de la seda, ya en todos los demás frutos, que hacen ricas á todas las demás provincias, ya con el hermoso jazmin, que calzando tafiletos de rubí corre en la posta del viento su fragancia; ya en la mosqueta y rosa y la demás Babilonia de flores, que en esta lustrosa máquina se confundió su nombre, engastando en la hermosa esmeralda de sus campos la pedrería de más de once mil casas y levantadas torres, sin otras que, con su nueva fábrica, aspiran á acreditar de corto el guarismo. forzosa todas para la cria de la seda, sin veinte villas y lugares, que pasan algunos de más de trescientos cincuenta ve-

cinos, y orlando todos su circunferencia sirven de torreon- nes á esta bellísima ciudad de las auroras.»

Sobre este paisaje, descrito tan galanamente por el ilustre poeta murciano, cayó en la noche del día 14 á 15 de Octubre la saña de los elementos en una formidable inundacion, la mayor, la mas terrible, de que se tiene memoria.

Parecia que el mar se habia desbordado y caia sobre nosotros por las cuencas de las sierras, desde Lorca á Murcia, como aterradora avalancha. Ni un aviso, ni una noticia, tuvimos del mal que nos amenazaba. Parecia que el cielo y la tierra se habian conjurado para que no pudiese librarse ninguna de las víctimas, en cuyas moradas habia puesto la señal de sangre el Angel Esterminador.

A las dos de la mañana salimos al Puente y nos encontramos un rio rugiente, una ciudad inundada, ¡Dios Todopoderoso! ¡con qué amargura oíamos el lamentar de los que pedian socorro cuando por todas partes nos encontrábamos detenidos, cuando todo era un peligro, cuando temiamos hasta que el Puente fuese arrastrado por aquella inmensidad de agua.

Con el corazon partido, y sintiéndome impotente para hacer otro bien, me fuí á mi periódico y escribí en él el siguiente artículo:

«DIA DE LUTO.—Día de luto, sí, día de luto es para Murcia el día de hoy. En esta noche pasada, la avenida mas terrible del rio que se ha conocido, ha destrozado con sus negras, rugientes y pestíferas olas, inmensas riquezas, y, ¡Dios sabe! las víctimas que habrá causado. No es posible, á la hora que escribimos, calcular las desgracias que habrán ocurrido en la huerta; pero, cuando la ciudad está inundada, cuando el agua hace retemblar el Puente; cuando está mas alto el nivel del rio que el piso del Arenal; ¿cómo estará la huerta? ¿Cuántos infelices habrán perecido, sin socorro? Desgraciadamente deben ser muchos.

Murcianos, á socorrer á vuestros hermanos. Esos infelices de la huerta, os pedirán hoy pan, ropa y abrigo, dádselos; es tan grande la desgracia, tan inesperada, que por más que las autoridades tomen las medidas posibles, han de quedar muchas miserias sin socorrer, si el pueblo todo de Murcia no acude á dar una muestra de sus sentimientos caritativos.

Hoy mismo debe nombrarse una Junta de Socorros, el

Ayuntamiento debe reunirse en sesión extraordinaria, y juntas todas las autoridades, en vista de la desgracia, acordar y obrar. Murcia se encuentra hoy perdida; no le faltaba más que este golpe cruel para sumirla en la más espantosa miseria. 10,000 labradores han perdido indudablemente en esta noche tristísima todo cuanto tenían; mañana, entumidos y llorosos, vendrán á nuestras calles á pedirnos una limosna, y es necesario que las autoridades les socorran, que les den pan á los que tengan hambre.

Hoy mismo debe saber el Rey, el Gobierno, la Nación entera, que esta desgraciada ciudad ha quedado pobre y miserable; hoy debe oírse por toda España la voz de Murcia que pide una limosna para un número inmenso de sus hijos, que lo han perdido todo.

Murcianos de todos los partidos, autoridades, dignidades eclesiásticas, almas caritativas, obrad, obrad.

Que se vea, ahora que la desgracia aprieta, ahora que la pena sube, como sube y se cree el temido lobo que con sus aullidos rodea á la pobre oveja, que se vea ahora, repito, cuales de los hijos de Murcia son los buenos, y qué autoridades son las dignas de estar al frente de esta ciudad desgraciada.

Escribíamos estas líneas cuando el día no acababa de llegar; pues mañana en que se deseará con más afán que llegara la luz del sol, no volverá á existir. Todos los murcianos se levantaron; se había apagado el gas y los vecinos iluminaron sus balcones. ¡Que ansiedad! las alcantarillas, las acequias reventaban por todas partes. La Plaxa de San Pedro, Aduana, Carnicería, calle de Bodegones, hasta la calle de las Mulas, la Plaza de Santa María, el centro mismo de Murcia, estaba inundado.

Cómo había llegado el agua no se sabía: los molineros no tuvieron tiempo de salvar nada, porque cuando quisieron sacar el trigo, la harina y el pimiento, se desbordaba el agua por dentro y se lo llevaba todo en furiosa «baldomera.»

El nivel del río no ha subido nunca tanto: por enfrente de la posada del Almudí se tocaba el agua con la mano, y por entre las juntas de dos piedras, del pretil del río, saltaba un caño de agua al anden que conduce al Malecón. Muchos tocaban el agua con la mano por poder decir después: «Yo toqué desde aquí el agua.»

Parece mentira que esté en tampoco la pérdida de una

ciudad. De cerrar un poco ántes, ó un poco después, la puerta del Malecon, portillo que tendrá unos tres metros de ancho, dependió la suerte de grandes intereses. Este portillo fué cerrado oportunamente, gracias á la solicitud de algunos concejales, dependientes del Ayuntamiento y serenos. En esta operacion trabajó todó el mundo. Para tapar aquel portillo, se echó mano de las primeras maderas y piedras que se encontraron: y hasta se quiso echar, para que sirviera de obstáculo á las aguas, doce ó catorce sacos de pimienta que se habian podido sacar del Molino de San Francisco.

Llegó el dia, pero el mal no nos fué conocido.

A última hora escribiamos en «El Diario» del dia 13:

«Las últimas noticias son mas graves de lo que presumiamos.

La guardia civil, de á pié y de á caballo, que con arrojo sin igual ha querido llegar á los sitios de mayor peligro, ha tenido que volverse desde el Cármen.

Se han extraido dos cadáveres del Barrío, uno de una jóven y otro de una anciana.

La huerta, de un lado y de otro, vista desde la torre de la Catedral es un mar, no se vé más que agua.

El Hospital y la Cárcel están inundados.

El telégrafo está roto por todas partes; solo hay comunicacion, por Alicante, con Madrid.

Los bomberos están construyendo barcas para socorro.

El Gobernador, el Alcalde, el Comandante militar, Jefes de la guardia civil y casi todos los concejales están reunidos en el Ayuntamiento, apurando los medios posibles de socorro.

El cielo sigue todavía amenazador: ¡Tenga Dios piedad de nosotros!»

En el dia 13, dia de angustia y de pena para todo buen murciano, yendo de nuestra redaccion al Ayuntamiento, y al Malecon, y á los sitios inundados, hasta donde era posible; viendo por aquí heroicidades, por allí desdichas y por todas partes duelo y desolacion, escribimos el número del «Diario de Murcia» del dia 16, lamento débil de nuestro pecho que queriamos llegára á todos los ámbitos de España y que resonara en el corazon de todos los murcianos.

Lo que contenía aquel número, que hizo derramar lágri-

mas en todos los hogares murcianos, cuyos ejemplares nos arrebatában nuestros amigos y nuestros paisanos, antes que salieran de la prensa, era pálido reflejo de la desgracia. Todo ello lo trascribimos á continuacion:

RECUERDO FÚNEBRE

A LAS VÍCTIMAS

DE LA DESASTROSA INUNDACION ACAECIDA EN ESTA
CIUDAD LA NOCHE TERRIBLE É INOLVIDABLE

DEL 15 DE OCTUBRE

DIA DE STA. TERESA

QUE HA DEJADO Á ESTA POBLACION LLENA DE LUTO,
DE PENA, Y SUMIDA EN LA MAS ESPANTOSA MISERIA.

¡DIOS HAYA DADO ETERNO DESCANSO Á LOS POBRES QUE
HAN PERECIDO AHOGADOS, SIN CONSUELO, EN LA HORRO-
ROSA DESESPERACION DE LA SOLEDAD Y DE LA NOCHE,
VIENDO PERECER, CON ELLOS, Á SUS HIJOS, Á SUS ESPO-
SAS, Á SUS MADRES, Y Á TODA SU FAMILIA!

¡Descansen en paz esos desgraciados, oscuros hijos del tra-
bajo, cuya desesperada agonía les habrá abierto las puertas
de la celeste inmortalidad.

R. T. P.

PAN PARA EL POBRE.

AMPARO PARA EL DESVALIDO.

ABRIGO PARA EL DESNUDO.

UNA ORACION PARA LOS MUERTOS.

A S. M. EL REY.

SEÑOR:

La hermosa, la noble, la veneranda, la histórica ciudad de Murcia, es hoy un pueblo miserable. Ha perdido su rica huerta, ha perdido todos sus frutos, ha perdido aquella riqueza de oasis que Vuestra Magestad, aunque niño, pudo un día contemplar, cuando este pueblo os recibió como Príncipe y os saludó con cariño en los brazos de vuestra augusta madre.

Una inundacion asoladora, que ha descendido de las sierras repentinamente, ha llevado la desolacion, la muerte y la ruina por todas partes. SEÑOR: escribimos estas líneas á la vista de un inmenso número de desgraciados, que desnudos ó harapientos, llenos de lodo y anonadados de estupor, buscan por las calles de esta ciudad asilo, después de haber visto arrebatados y sacudidos por las rugientes olas los cadáveres de sus hijos y de los seres más queridos de su corazón. SEÑOR: Turba nuestro pecho, mientras escribimos estas líneas, el ruido lúgubre de las casas que se hunden, sepultando en sus cenagosas ruinas el fruto del trabajo del pobre y el sostén de innumerables familias, que no tienen ya, los que se salvan, otro porvenir que la más espantosa miseria.

SEÑOR: en nombre de esta ciudad, triste como un cementerio y angustiada como madre cariñosa que vé á sus hijos sin pan y sin abrigo, recurrimos á Vuestra Magestad, llenos de lágrimas los ojos y afligido nuestro corazón; y acudimos, SEÑOR, para pedir á Vuestra Magestad una limosna; para pedir á Vuestra Magestad un consuelo; para pedir á Vuestra Magestad algun socorro en nuestra mísera desgracia.

A ninguna parte deben llegar más á tiempo y ser mejor recibidos los ayes de dolor de los pueblos, que á los palacios del Soberano; y si ese Soberano se llama ALFONSO, y si ese pueblo se llama Murcia, que tiene en su escudo Siete Coronas, que son otras tantas joyas que en prueba de amor le legaron los reyes de Castilla; si se trata de Murcia, SEÑOR, que tiene enterradas en su seno, en el altar mayor de la Ca-

tedral, las entrañas del Rey D. Alfonso el Sábio; no cabe duda, los lamentos de esta ciudad, los ayes doloridos de este pueblo, llegarán al palacio de Vuestra Magestad y serán consolados.

Abra Vuestra Magestad, SEÑOR, los tesoros de su espléndida liberalidad para esta ciudad de Murcia, convertida en campo de desolacion por su desgracia, y merecerá las bendiciones de este pueblo; y entonces, el huérfano socorrido, la viuda consolada, el sacerdote en el altar, el poeta en sus versos, y el pueblo en sus cantares, todo el pueblo de Murcia, todo, pedirá al cielo por la salud y por la vida de Su Magestad.

PORMENORES DEL SUCESO.

No tenemos la tranquilidad necesaria para escribir: damos estos pormenores, temblándonos la mano, por las extrañas sensaciones que una á otra se suceden en nuestro corazon.

La inundacion se verificó casi traidoramente: cuando los serenos quisieron avisar á los vecinos, estaba ya la poblacion inundada por la parte del barrio de San Benito; y á las dos y media de la noche entraba el agua por todas las casas de dicho barrio.

El toque repetido de arrebato, que no daba campanadas, anunciaba desde luego que no era incendio, y esto contribuyó á alarmar más la poblacion que se echó á la calle á averiguar la desgracia que le amenazaba.

Todos nos dirigimos al Puente. ¿Que espectáculo tan desconsolador, en medio de su imponente grandeza! Aquello era un mar rugiente: los ojos del Puente eran pequeños para dar paso á la corriente, cuyo nivel era tan alto que desde los pretilles se podía tocar el agua.

Como muchos vecinos de la ciudad, tienen familia en el Barrio, cruzaron algunos el Puente ávidos de saber la suerte de sus parientes, y el agua los detenía en el mismo fieltro, sufriendo la incertidumbre y la pena más amarga.

Allí, y en los primeros momentos, llegamos nosotros, y vimos la intrepidez con que el valeroso cuerpo de la guardia civil se lanzó al agua á prestar los socorros que pudiera y

hasta donde le fuera posible á los que los necesitaran. ¡Gloria! ¡honor á esos valientes!

De este cuerpo se cuentan heroicidades. El sargento Azcárate salvó á algunos infelices, casi con el agua al cuello en la calle de la Greña y en otras del barrio, ayudado de los guardias que le acompañaban.

Allí vimos al Sr. Gobernador civil, los concejales Lorente, Illan Gonzalez, Calvo, Almazan, Hernansaez y otros, adoptando algunas disposiciones, las que eran posibles, en aquellos momentos de angustia suprema.

Allí vimos á los jefes de la guardia civil. Todos queriamos hacer algo, y ninguno atinábamos cómo.

Algunos coches pasaban al Barrio y recogian á los que podian.

Húndese una pared del Matadero con lúgubre estruendo; momentos de estupor.

El agua crecía y crecía. La oscuridad era completa; solamente la llama de algunos hachones contribuía á dar un aspecto más pavoroso al terrible cuadro.

Oíanse por todas partes gritos pidiendo socorro.

Tápose la puerta del Malecon por donde el rio amenaza á la ciudad, marcando una altura de dos varas sobre el muro del Malecon.

Las alcantarillas, y los cáuces de la ciudad revientan, y el agua llega hasta la calle de las Mulas inundando todo San Pedro. Tambien se inunda el Hospital, la Cárcel, la Catedral, plaza de Cadenas, barrio de San Juan y San Andrés.

Llega el dia y se vé la desgracia en toda su realidad.

El cuerpo de bomberos quiere combatir con el terrible elemento y busca el sitio del peligro,

Desde el Malecon se vé unas mujeres sobre un terrado en el mayor peligro, y el «Nuevo Tato» atado de cuerdas corta á nado ¡oh valiente! la veloz corriente y se lanza al peligro.

«El Torrao» hace una barca de zarzos y se confía en el Soto á buscar gente en peligro; y al cabo de algunas horas aparece con una mujer y una niña á quienes salva de la muerte.

En el barrio ¡qué dolor! las mujeres, casi desnudas, y los niños, se amparan en los terrados: con las manos se horadan las paredes, y se levantan los techos de los terrados para salvar á los que piden socorro dentro de las habitaciones.

Un padre, de una puñada, tira un tabique de una torreta para salvar á sus hijos.

Los héroes con zarzos y con artesas salvan en el soto á infelices que encogidos sobre las ruinas de sus viviendas piden socorro.

Ah! ¡el Puente! las tartanas vienen llenas de infelices que lo han perdido todo, solo saben llorar. De aquellas tartanas salen mujeres envueltas en mantas, llorosas, desnudas, llenas de barro; los niños lloran, las madres lloran, los hombres están aturcidos, no saben lo que les pasa.

Dos ahogados del barrio, una anciana y una niña. Dicen que hay mas ahogados, dicen que hay mas víctimas; ello es que la huerta es un mar, que mas allá de la estacion, que mas allá del Canapé, que mas allá del Arco de la plaza de los Toros, nada se oye, no hay mas que un mar tranquilo de turbias olas, que tiene como la tranquilidad de una tumba.

Los pobres miserables, que se van librando del agua, se albergan en el palacio del obispo, en el Instituto, en todas partes, y sentados sobre el suelo, las madres con sus hijos en brazos y los hombres tirados con el abandono de la desesperacion, lloran el hogar perdido.

Se empieza á fabricar pan. Todos piden auxilio, todos piden socorro. Una á una van desapareciendo las casas de la huerta: las que no se hunden se las lleva el agua.

Un forastero, un lorquino, se porta mejor que si fuera murciano. El Sr. D. Rafael Fernandez Rodriguez ¡honor y gloria á su nombre! con su magnífico coche y guiando él mismo, salpicado de lodo, sus dos briosos caballos, vá y viene incesantemente, y en cada ida y venida salva de la muerte á gran número de infelices. Desde las nueve á la una no cesa en su hércules trabajo. Gloria, honor y prez á D. Rafael Fernandez Rodriguez.

Lós que se internan por los caminos de la huerta traen noticias pavorosas. En el camino de Alcantarilla hay muchos cadáveres.

Cada concejal va con un coche ó tartana, se internan en la huerta y vuelven cargados de náufragos.

Dicen que hay ahogados en las mismas cruces de las moreras. Algunos que se han atado á los troncos de los árboles para que la corriente no los arrastre, han perecido allí ¡que horror!

A las cuatro de la tarde llegó en el tren el general Alarcon con barcas, buzos y marineros, y desde el sitio á que pudo llegar el tren, los distribuyó en socorro de la huerta. Benditos sean los marinos, bendito el general Alarcon!

Se aproxima la noche: ¡que noche nos espera! Dios del cielo, apiádate ya de esta ciudad; extiende sobre el firmamento tu iris de paz, para que al menos salgamos de esta cruel incertidumbre.

A las ocho se distribuye en el palacio del obispo un rancho abundante á los pobres salvados.

La guardia civil, la benemérita guardia civil, está descansando un momento, en el Ayuntamiento para volver á salir á la huerta con sus jefes Rivera, Herrera y Valdivieso; no llevan mas armas que una caña para tantear el terreno.

Con todo el que hablamos nos cuenta lástimas y heroicidades.

En el camino de Alcantarilla, junto á una bardiza, se ha visto un niño como de cinco años muerto, y cerca de él una mujer tambien ahogada.

En Aljucer una casa que se ha hundido ha sepultado cinco infelices: el agua ha llegado al altar mayor.

En Nonduermas han perecido familias enteras, una de seis individuos.

En Beniajan un padre ha luchado de terrado en terrado por salvar sus hijos, le ha faltado tierra, y todos han perecido.

En Alcantarilla, que se sepa, ha habido ocho víctimas.

Ayer, entre los que había en el hospital y los que se han visto por los caminos, se contaban más de cuarenta víctimas.

ALCANCE DE ESTA MAÑANA.

Todavía no se puede pasar á pié mas que hasta el Cármen.

Por noticias de anoche, se sabe que en Orihuela no ha tenido la riada las consecuencias funestas que aquí.

Esta mañana han salido todos los tartaneros y coches de alquiler de Murcia para todos los caminos.

Todos los jefes, oficiales é individuos de la guardia civil, los dependientes de órden público y guardias municipales van en dichas tartanas.

Desde esta madrugada está el Sr. Alcalde en su despacho, atendiendo á las mil necesidades del momento.

Toda la noche, nos han dicho algunos vecinos del Barrio, que se está oyendo el ruido de las casas al caerse.

El camino nuevo y toda la huerta están sembrados de sillares, muebles, ropas, y restos de viviendas. Hoy vá á ser el dia cruel; dia en que vamos á ver nuestra desgracia. Hoy mismo debe salir una comision autorizada y respetable de hombres de todos los partidos á pedir clemencia para Murcia, á Madrid.

CARIDAD.

¡Murcianos, murcianas! Mandadnos á esta redaccion la ropa vieja que tengais de hombre, de mujer y de niños, que nosotros nos encargaremos de dárselas á los pobres. Sacerdotes, escitar la caridad; pueblo, manifiéstate grande, ya que grande es tu desgracia!

AL GENERAL MARTINEZ CAMPOS.

Ya conoceis nuestra desgracia. La ciudad que un dia os diera amistoso alojamiento y os recibiera con cariño, se vé hoy sumida en tal quebranto, que necesita del amparo, del socorro del Gobierno de S. M. que presidís honrosamente con la voluntad y simpatías de todos los españoles. En nombre de este abatido y lacerado pueblo, ¡oh esforzado general! en nombre de tanta calamidad como nos rodea, os pedimos que iniciéis una suscripcion nacional que pueda levantar á Murcia de la miseria.

Las miles de tahullas ricas de nuestra feraz huerta, llenas de frutos y beneficiadas por el trabajo, se han convertido en

lecho fangoso de un lago, que ha sorbido, en el espacio de muy pocas horas, el trabajo de siglos y las riquezas acumuladas de cien generaciones.

Ya no hay, no habrá por muchos años, huerta de Murcia, única fuente de riqueza de esta población; pues las aguas, con una incomprensible rapidez, lo han arrasado todo, árboles y sembrados, casas y chozas, animales y plantas, enterrándolo todo bajo su soberbio oleaje y dejando á más de diez mil labradores en la más horrible miseria. Todas las cosechas del verano, todos los ahorros del granero, todo el pan del invierno, el trigo de la sementera, la leña, la ropa, los aperos de labranza, todo lo ha perdido el pobre labrador de la huerta de Murcia.

Señor, en el nombre de esta ciudad, en el nombre de noventa mil almas abatidas, llenas de pena y de dolor, os pedimos una limosna, y os pedimos que intereseis á toda España para que acuda á nuestro socorro, pues son tantas nuestras penas y tan grandes nuestras desdichas, que nosotros solos, si la nación no nos ayuda, no podremos nunca levantarnos de la miseria en que hemos caído.

Hay que levantar más de mil casas; hay que volver cultivable una extensa vega; hay que dar pan, socorro, ayuda y trabajo á más de veinte mil personas; hay que tender una mano cariñosa á todo un pueblo: y todo eso, Señor, no puede hacerse, si el Gobierno que presidís no lo hace.

Excmo. Sr. General D. Arsenio Martínez Campos, que sea un timbre más de vuestra gloria, un laurel, de los muchos que adornan vuestra noble frente y vuestra envidiada historia, la restauración de esta ciudad; y los murcianos todos, que os quieren y os respetan por vuestros muchos méritos, bendecirán por siempre vuestro nombre.

EN NUESTRA DESVENTURA.

Ha llegado la ocasión de escribir en letras de oro ó en caracteres de ignominia los nombres de los hijos de Murcia.

Todo por Murcia, todo para Murcia. Las diferencias políticas han terminado. La desgracia, la inmensa desgracia que nos agobia, nos debe hacer á todos hermanos.

No debemos tener voz más que para pedir. Todos, todos, nos hemos quedado pobres; y todos debemos ayudarnos. En las grandes calamidades que afligen á los pueblos, se parte el pan y el lecho, la casa y el cariño, con el desgraciado.

Murcianos, levantad vuestro corazón: los que tengais caridad, hacedlo por amor de Dios. Dad las ropas de deshecho de vuestros hijos para los hijos de los pobres que han quedado desnudos; dad los pedazos de pan que os sobren: dad el dinero de algun lujo, de algun vicio ó de algun capricho, porque la miseria es muy grande. Llevemos entre todos la desgracia, mientras la Nación, el Rey y el Gobierno nos socorren.

S. M. el Rey se apiadará de nuestra desgracia: el invicto general Martinez Campos atenderá nuestros ruegos, y el Gobierno no nos puede abandonar.

Tiene además Murcia muchos hijos que le ayudarán en su desgracia. D. Antonio Cánovas del Castillo, diputado por esta ciudad, cuando no lo ha sido por la provincia, hijo adoptivo de Murcia, cuyo nombre ha honrado el municipio, conceptuándolo digno de escribirse en mármol en su salon de sesiones, y entre los de sus hijos mas ilustres, no puede olvidar á esta ciudad, donde tiene partidarios de sus ideas, amigos personales, que hoy sufren, viendo la miseria irremediable de su pueblo.

El Marqués de Corvera, el antiguo ministro de Doña Isabel, el que tiene dicho bajo su firma que no olvidará nunca á esta ciudad, ni en sus alegrías ni en sus penas, no puede negar que esta ciudad es la tierra predilecta de sus hijas.

D. Lope Gisbert, donde quiera que se halle, aunque esté al otro lado de los mares, cuando sepa que el vergel murciano, que cantára en sus versos, no es mas que un inmenso tarquinal, ciertamente que pondrá todo el peso de su valiosa influencia en favor de su pátria.

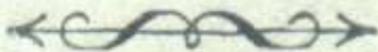
Selgas, D. José Selgas, el secretario de la Presidencia del Consejo de Ministros, que en los floridos huertos de naranjos y limoneros de esta vega respiró las suaves brisas que perfuman las hermosas poesías de su «Primavera», Selgas, que es buen murciano, Selgas, que puede hacer hoy tanto por esta ciudad, no olvidará á tantos pobres murcianos como han quedado en la miseria.

El general Sr. D. Manuel Cassola, á quien las simpatías

personales de Murcia le han dado la representacion en la córte, de esta provincia; el general Cassola, el amigo de Martínez Campos, ¿cuánto no puede hacer, y desde luego hará, por este atribulado pueblo?

Los demás diputados y senadores, como D. Diego Gonzalez, D. Francisco Melgarejo, Zabálburu, D. Angel Guirao; los hijos notables de esta ciudad que en la actualidad tienen una gran representacion política, como Vergara, Herranz, Arnao, Sandoval, Stárico, Somalo, Corvalan, Balazote y otros; los murcianos que ocupan un puesto honroso en la prensa de Madrid, como Navarro, Al-deguer, Baquero, Baleriola, Bermudez, Vicente, Gil y otros: todos volverán sus ojos á esta ciudad desventurada y lucharán con noble emulacion por sacarla de la miseria.

Al gobernador D. Mariano Castillo, á la Diputacion, al alcalde D. Pascual Abellan y al actual Ayuntamiento, toca ordenar todos los esfuerzos y hacer los primeros y grandes sacrificios que requiere lo crítico de las circunstancias.



CAPÍTULO II.

AL DIA SIGUIENTE.

Esto escribiámos el dia 15. La ciudad estaba consternada, dispuesta á creer todo lo que fuera en su daño.

Hasta se dijo que el Puente había sido arrastrado por las aguas, y todos lo creimos, produciendo esta falsa noticia un pánico indescriptible en la ciudad.

Toda la poblacion afluia al Puente, por donde pasaban en triste procesion los náufragos, que iban saliendo por familias, llevando delante los animales que habían podido salvar y algunos ahogados, como aves, etc. que podian servirles de alimento.

En estos momentos se veian rasgos nobilísimos en el pueblo: habiendo gentes que se disputaban el dar socorro á algunos infelices,

Un sol espléndido alumbraba aquellas escenas tristísimas.

Cuando entró la noche, y los vecinos iluminaron los balcones, porque la cañeria del gas estaba destruida; á pesar de que la ciudad presentaba el aspecto de los dias de gran fiesta, nadie pudo dormir tranquilo. Todos teniamos la seguridad de que habría por la huerta, en los sotos y en los sitios retirados donde era imposible la entrada, hermanos nuestros, que con hambre y sed, y desnudos y ateridos, pasarían la noche en las cruces de las moreras, ó sobre las ruinas de sus moradas.

Pasó la noche, noche fatal; y al dia siguiente, represen-

tantes del municipio, y gran número de vecinos de esta ciudad, volaron á la huerta, llevando coches y tartanas llenos de pan para remediar las mas apremiantes necesidades.

Murcia hizo en este dia un gran esfuerzo. Comisiones de señoras y juntas parroquiales salieron pidiendo socorro para los infelices, y no hubo puerta que no se abriese á la voz de la caridad. De entre las 12 parroquias se recogería en aquel dia unas 7000 prendas de ropa y una cantidad considerable en metálico.

Nuestro primer artículo del 17, decia:

MURCIANOS.

No os acostumbreis con la desgracia: el mal es tan grande que necesitamos hacer un esfuerzo continuado, persistente. Ayer vimos con gusto desparramados por esa huerta á todos los concejales, á toda la guardia civil, á todos los bomberos, cuerpo de órden público, y cientos de personas que seguian prestando socorros á los que los necesitaban ¡Qué grande, que inmenso es el mal que nos rodea! ¡La miseria, con todos sus horrores, será nuestro patrimonio por mucho tiempo! No nos atrevemos ya ni siquiera á alzar nuestra vista al cielo, pues parece que Dios mira con cólera á esta ciudad. Unámonos en nuestra desgracia. Nuestra humilde voz, cuando nos hemos dirigido á los murcianos, ha sido oida. Se nos manda ropa, se nos manda dinero, haciéndonos objeto de una confianza á la que procuraremos corresponder. Nuestra satisfaccion es grande. Ayer acudió á la redaccion del «Diario» toda Murcia. Nuestra prensa estuvo trabajando todo el dia, desde las siete de la mañana hasta las dos de la noche. Hemos perdido la cuenta de las números del «Diario» que imprimimos ayer. Esto nos prueba que al lanzar el ¡ay! de dolor con que llenamos ayer nuestro periódico, que al dirigirnos á S. M. el Rey, al General Martinez Campos presidente del Gobierno de S. M. y á la nacion entera, hemos interpretado el sentimiento de Murcia.

Hoy nos atrevemos á abrir una suscripcion para socorro de los infelices, víctimas principales de nuestra desgracia. No

la hemos abierto antes porque nuestra **escasa** significacion nos lo impedía: pero habiéndonos excitado algunos de nuestros suscritores á ello, y habiéndonos obligado un tan sábio y virtuoso sacerdote, como el Sr. D. Antonio Gonzalez, Arcediano de Villena, á recibir 200 reales, desde luego abrimos la suscripcion en nuestro periódico. Aquí recibimos desde el óbolo del pobre, hasta la esplendidez del rico. Todo para los pobres.

Todo se lo entregaremos á la Junta general de Socorro, donde están representados todos los partidos, personas todas amantes de esta ciudad, buenos hijos, buenos patricios, que sabrán sacrificarse por ella. Los hermanos Chápulis (Ricardo, Alfredo y Antonio), los Servet, Blanco, Pasías, Lopez Cabezuelo, la Marquesa de Beniel y otras muchas señoras han salido á pedir ropa, y todo el mundo trabaja.

En la mañana de este dia salimos á la huerta, por el camino nuevo y camino de Alcantarilla, y nuestros ojos atónitos no sabian donde fijarse en aquel cuadro tan lleno de desastres.

Confesamos ingenuamente que aquel dia nos sentimos perturbados en las creencias mas íntimas de nuestra alma. Levantando nuestros ojos al cielo, pediamos á lo alto alguna luz que nos explicase aquel misterio, la necesidad de aquella ruina, la justicia de aquellas víctimas. Cuando antiguamente se encontraba en los caminos un ajusticiado y se leía «Por el Rey», todo el mundo bajaba la cabeza; pero cuando nosotros contemplamos los cadáveres de los ahogados y nos preguntábamos «Por qué?»—«¿Por quién?» y no pudimos contestarnos, escribimos lo siguiente en el «Diario» del dia 17:

DIES IRÆ.

Tal parece que ha sido para Murcia el dia 15 de Octubre. El dia de la ira. Si el génio del mal, armado de la omnipotencia de Dios, se hubiera empeñado en hacer daño en una comarca, no hubiera hecho mas que lo que ha hecho la inundacion que lamentamos. Parece que en las ruinas de las

casas, en el destrozo de los árboles, hasta en la misma muerte de que han perecido las víctimas, ha habido premeditacion, ensañamiento, inícuca cobardía. El mal se ha cebado en los infelices; ha cogido á los niños durmiendo y los ha ahogado; ha sobrecogido á pobres mujeres indefensas, desnudas, soñolientas, y las ha envuelto en negras, rugientes é inmensas olas, mas fuertes que las serpientes y mas traidoras y mortales que ellas. Aterra el examinar esos restos desgraciados. Los muertos aparecen, los más, con las manos cruzadas sobre el pecho, con los dientes encajados, con los ojos destrozados, contusos, cárdenos; no parece sino que han pasado por los tormentos del infierno.

Infelices los muertos! ¡Infelices los vivos!

Ayer vimos levantarse el sol espléndido en un cielo azul, límpido, sereno, en el camino de Alcantarilla: y nos parecía un sarcasmo que el cielo no se cubriese de crespones ante tanta desolacion. Hasta la brisa ligera y tibia, que pasaba besando aquellos cadáveres encenagados, nos apesadumbraba.

Nonduermas era un lugar. Hoy es un monton de barro, que no otro nombre merecen aquellas ruinas sobre las cuales parece haber batallado el génio del mal.

Y no solo Nonduermas; la Era-alta, Beniajan, Alquerias, Aljucer, Rincon de Seca, partidos de la Arboleja, de S. Benito, del Raal, Urdienca, Puente de Tocinos, toda la huerta de Murcia, en fin, es una ruina, una desolacion, un dolor de dolores.

El hambre con todos sus horrores se deja sentir en esta poblacion. Ayer fuimos al camino de Alcantarilla y las pobres mujeres pedian pan y abrigo, presentándose á nuestra vista descalzas y macilentas, y lo que es más triste, avergonzadas.

En otro lugar de este periódico, publicamos la lista que será interminable de nuestras desdichas. Las casas destruidas que apuntamos son las que hemos visto desde el camino, generalmente más altas que las interiores, donde todavía no se puede entrar, y donde no se sabe cuantos infelices yacerán sin vida.

De los espectáculos que ayer más nos impresionaron, fué uno el ver sobre unas miserables ruinas de un miserable albergue un jóven y una jóven, recién casados, que levantan-

do con sus mismas manos las «atobas» de su vivienda buscaban su ropa y los restos de su ajuar, con unas caras mas tristes que las de los mismos muertos.

La misma poblacion, la misma ciudad, no sabe todavía á quanto asciende la desgracia que le abrumba. Es menester ir á la huerta, verla, para comprender el daño; que en la imaginacion no cabe tanto mal, sin tocar la triste realidad.

Murcia ya no es rica; es una ciudad pobre que, por muchos años, tendrá una huerta, que si antes era un ceñidor de rosas, será un sudario de miseria.

Mucho le importa á Murcia la suerte de España, pero en mucho tiempo, por la ley invencible de la conservacion propia, por el instinto mas fuerte que tienen los pueblos como las personas, Murcia no tendrá, ni mas política, ni mas aspiraciones, ni otras ideas, que restañar sus heridas y curar sus llagas.

Si este es el dia de la ira, si por cualquier causa merecíamos el castigo del cielo... baste ya.»



Debemos consignar aquí que el primer donativo de ropa que recibimos, fué de un modesto artesano, de José Clavel que puso á disposion de los pobres su ropa y la de sus hijos.

En la misma noche del dia 16, cuando se supo que el Gobierno había acordado acudir á la desgracia de Murcia con 5000 pesetas, celebróse una reunion en el despacho del señor Gobernador, con el objeto que él expuso en un sentido y sobrio discurso, de nombrar una Junta Local de Socorro y una comision permanente compuesta de Diputados y Senadores por esta provincia, ó hijos de ella, para que gestionasen cerca del Gobierno, los eficaces socorros que necesita, y pida á S. M., á la Princesa, á los propietarios de Murcia que residen en Madrid, y á todos, una limosna, sea en la forma que quiera, para esta infortunada ciudad.

Para la Junta general de Socorro, que hemos dicho, fueron designados los señores siguientes:

Don Agustin Escribano.
» Pascual Abellan.

- Don José Melgarejo.
» José Cayuela.
» Antonio Hernandez Amores.
» Rufino Marin Baldo.
Sr. Conde de Roche.
Don Diego Salmeron.
» Andrés Barrio.
» Julian Pagan.
» Sebastian Servet.
» Enrique Clavijo.
» Rafael Fernandez Rodriguez.
» Luis Leante.
» Rafael Almazan.
» José Mazon.

El Sr. D. Andrés Pedreño, que asistió á la sesion, dijo que él, en su nombre y de muchos de sus amigos y casi de Cartagena, ofrecía á Murcia en aquella reunion, no sólo su concurso y su auxilio y cooperacion, sino el auxilio y socorro eficaz de su hermana Cartagena.



El primer donativo en metálico que recibimos fué de un virtuoso sacerdote, tan virtuoso como sábio y modesto, cuya caridad y amor á este país, están sinceramente expresados en la siguiente carta, que tiene un puesto digno en esta revista. Dice asi:

Sr. Director del «Diario»:

Murcia 16 de Octubre de 1879.

Muy señor mio y de mi mas distinguida consideracion: Aunque no he tenido la fortuna de nacer en esta hermosa ciudad, me honro mucho en considerarla como mi segunda patria, por haber hecho en ella mi carrera, y residir en su seno mi amada familia y mis mas queridos amigos; por lo tanto, no pudiéndome ser indiferentes sus desgracias, ni mirar con ojos enjutos sus tribulaciones, quisiera hoy ser rico, para poder por mí solo remediar la calamidad que la aflige en estos momentos: pero teniendo que concretarme á

mi reducida situacion, me tomo la libertad de remitir á V. la modesta cantidad de doscientos reales, para contribuir al alivio de los que ha dejado en la miseria la terrible inundacion de anteayer; asegurando á V. Sr. Director, que con ese pequeño óbolo, van tambien unidas todas mis lágrimas, todas mis aflicciones y simpatías para la noble ciudad de Murcia y para sus desolados hijos.

Anticipa á V. las gracias por este favor su afectísimo amigo s. s. y capellan,

ANTONIO GONZALEZ,
Arcediano de Palencia.

El triste relato de las noticias de aquel dia es el siguiente, que copiamos aquí tal y como las escribimos para el periódico:

Hasta anoche se habían recogido 113 cadáveres.

Ayer recorrimos el camino de Alcantarilla, camino de amargura y desolacion.

Hasta la entrada del Lugarico contamos á una y otra orilla de la carretera cuarenta y cuatro casas en tierra.

Vimos el cadáver de un pobre tendido en la orilla del camino. Lo habian sacado de un huerto donde el agua lo habia arrastrado. Estaba casi desnudo, con los brazos en cruz, sobre el barro.

La casa del estanquero, destruida, donde han perecido todos, parecía como un ataúd desclavado.

Para que todo fuera triste, encontramos una conduccion de presos, atados dos á dos, con esposas y en cuerda, hasta el número de 20, seis de ellos, ancianos y achacosos, iban sobre un carro.

Los animales muertos se encuentran como sembrados, anunciando otra plaga mas, con su próxima corrupcion, si no se les entierra.

Los empleados del portazgo salen al camino; nos pareció que les daba pena el exigirnos el pago de los derechos: (decimos, que nos pareció).

En la fábrica de Nolla hay mucha gente albergada, allí están D. Eladio, D. Julio Meseguer, la guardia civil y algunos dependientes de los juzgados.

Llegamos á la hora de repartir el pan, y fuimos testigos de una escena desgarradora: en cuanto se empezó á repartir acudieron los pobres de todas partes, y para darles siquiera un bocado, á cada uno de los que llegaron, hubo que hacer pedazos los panes.

Lo que vamos á decir ahora parece un sarcasmo: en la huerta no hay agua para beber.

La Fábrica de Jabon de Nolla será ya, y desde luego, el centro de socorro de aquel lado de huerta. Allí han de acudir diariamente los pobres á pedir socorro y allí puede mandarse, pues á las personas que allí son junta, puede confiárseles todo.

Porque los pobres no querian, á pesar de todo, abandonar los restos ó la vista de sus viviendas; al cabo era su hogar, nido de cañizos y atobas, pero al fin el nido de la familia.

En Nonduermas, vimos comprobada esta verdad; recorrimos el pueblo en union del teniente de carabineros, D. Felipe Cava y un individuo del cuerpo, los cuales, con otros de sus compañeros, tan buenos y arriesgados servicios ha prestado, y vimos en aquel triste lugar, empezar á reparar un rinconcito de una casa, que ha quedado derecho, para albergue.

En la Eralta no ha habido hasta ahora ninguna desgracia personal: los que de dicho pueblo han perecido ha sido por hallarse fuera de él.

La vía ha sido destrozada por cien partes; por frente del Lugarico parecen los rails dos hilos con los que han jugado las olas: que por esto ha sido tanta la ruina de dicho pueblo, pues las olas que han tenido por escollera á la vía han sumergido al Lugarico.

De todos los cadáveres ningunos nos enternecieron tanto como tres niños de 2, de 3 y 11 años respectivamente; el menorcito parecía que no había sentido la muerte. Estaba muerto, como si estuviera dormido, con el bracito sobre la cabeza. La niña, con las piernas y el pecho desnudos, blancos como la nieve, estaba como un mármol. Estaban sobre un zarzo, esperando los carros de los muertos.

Los bomberos y los guardias civiles, son unos héroes. ellos lo hacen todo; entran al barro, pasan por el agua, salvan á los vivos y llevan en sus brazos á los muertos.

Estando en la casa de Nolla, llegó un hombre de aspecto varonil, alto y robusto, y le dijo al coronel Rivera: «Señor, todo el día estoy cavando en mi casa á ver si saco los cadáveres de mi familia que son cuatro, y yo solo no puedo; quisiera que me ayudáran.» El coronel mandó un bombero, y allá vá un valiente. El comandante Herrera fué con ellos.

Vamos enumerando hechos y dando noticias segun las recordamos.

Este es un detalle triste: un hombre subido en un árbol coge las hojas de las últimas ramas para un animal que le ha quedado vivo.»

Hasta aquí las noticias é impresiones del día 16.

En la mañana del día 17 salieron á la huerta gran número de vecinos de esta ciudad á repartir alimento y á consolar á sus infelices moradores.

Se encontraron 10 cadáveres mas, que elevaban la cifra á 125.

Y en medio de tanta amargura como nos rodeaba, el ver á todos los murcianos unidos, en un mismo pensamiento y en un mismo deseo, nos hacía decir, llena el alma de osperanza:

«Si el hombre se redime con el sufrimiento, si la pena parece como que dignifica y engrandee, la ciudad de Murcia, vestida de luto, manchada su frente con ceniza, humilde, resignada, silenciosa como Ninive, vá á ser una ciudad redimida, cristiana, que comprenderá que la union de todos sus hijos y el «amaos los unos á los otros» de Jesús, son la base mas sólida de la felicidad de un pueblo y el único secreto de su poder.»

En el siguiente capítulo trataremos de como la que creíamos desventura nuestra fué mirada como desventura nacional, por virtud de la nobilísima iniciativa de la prensa.



CAPÍTULO III.

LA PRENSA.

España entera admira á la prensa, voz que clama por los pueblos y los redime.

Los enemigos del periodismo se habrán convencido del poder de esa institucion, y no solo de su poder, sinó de su grandeza.

El periodista, el ignorado obrero del pensamiento, aunque sea pobre, aunque no disfrute una gran posicion social, aunque no egerza importantes cargos públicos, cuando pone su pluma al servicio de la humanidad, hace brotar de los corazones mas endurecidos torrentes de caridad y de amor, y del pecho mas frio llamaradas de patriotismo.

«El Imparcial», cuyo nombre fué el primer rayo de luz y de esperanza que alumbró nuestra alma en estos angustiosos dias, publicó el siguiente artículo, grabado ya en nuestra memoria con caractéres indelebles.

DESVENTURA NACIONAL.

Una terrible catástrofe ha ocurrido en Murcia. La inundacion ha arrastrado villas enteras, y en las márgenes movezizas de los rios Mundo y Segura, una poblacion de mas de diez mil personas vaga hoy sin hogar, sin amparo, sin ali-

mentos. El agua se ha llevado toda su fortuna y muchos pedazos de su corazón. ¡Allí andan el hambre y el duelo juntos!

España no puede asistir indiferente á ese fatal cúmulo de desgracias horrorosas. Nuestra patria es un gran corazón dentro del cual el entusiasmo es toda la vida. Ese entusiasmo es, en las luchas con enemigos á quienes puede vencerse; el heroísmo; y en las luchas con poderes mas fuertes que el hombre, la caridad.

«El Imparcial», que llamó un día—¡el mas glorioso de su historia!—á esa caridad, vió remediada instantáneamente la escasez que padecian los soldados heridos; vió salir de la estacion del Norte trenes cargados de víveres; vió establecerse entre la juventud heroica de la patria, que luchaba en el Norte por la libertad, y el corazón de todos, corrientes de amor infinito.

«El Imparcial» se siente hoy obligado por sus tradiciones á repetir aquel llamamiento. España tiene que ponerse en pié, mirar á Murcia y socorrer á sus hijos desventurados.

La desgracia es inmensa. El remedio ha de ser tan eficaz é inmediato, que dilatarlo es desvanecerlo. Esos diez mil seres hambrientos no pueden esperar á que la iniciativa oficial gire pesadamente sobre sus torpes ruedas administrativas.

Un sentimiento de humanidad pone la pluma en nuestra mano. No hemos pensado estas líneas sinó lo preciso para escribirlas. ¡Quién tiene calma para meditar frente á la desventura! Hay dos palabras correlativas que coinciden en las almas nobles: esas palabras son: «desgracia», «caridad». Las vemos unidas, y al estamparlas en el papel, parécenos que hemos expresado hoy por entero la opinion de España.

Un sentimiento de orgullo nacional nos impulsa tambien á consignar este pensamiento, del cual no reclamamos ni la honra de la iniciativa, porque no hacemos mas que ser eco de un sentimiento general. Recientes se hallan dos terribles inundaciones ocurridas en Francia y en Austria, y aún recordamos todos la cifra enorme escrita por la caridad individual en las listas de suscripciones abiertas por la prensa. ¿Cómo ha de ser España menos caritativa que Austria y Francia? Tantas veces ha probado su generosidad, que nos sentimos llenos de fé en que los desgraciados de Murcia hallarán pródigo socorro. Dentro de cada hogar habrá para ellos una

moneda y una lágrima, y el cielo se iluminará con una divina sonrisa al contemplar este bello cuadro de la desgracia socorrida.

Harto sabemos que todo lo que aquí se ha hecho grande es obra de la iniciativa individual. Que no intervenga el Gobierno en esta obra del país.

No queremos ofender los sentimientos humanitarios de los señores ministros; pero sus buenos deseos son estériles ante un sistema de administración incompatible con la presteza y el acierto. La comisión oficial, el expediente, las fórmulas legales, el trámite... forman una red, en la cual se enreda la actividad febril que es necesaria en este caso. ¿Verdad que sería inhumano esperar á la resolución de un expediente para dar de comer á 10.000 hambrientos!

Fórmese una junta central de personas notables por su talento, por el respeto que inspiran, por su laboriosidad, y congregada cuanto antes, disponga los medios mas conducentes á que los caudales de la caridad pública lleguen á Murcia antes de que las aguas del Segura hayan descendido. Nosotros entregaremos la idea á la opinion y proponemos al país á doce personas, que elegidas mentalmente entre otras muchas no menos dignas, lo son tanto y reúnen de tal modo las condiciones de respeto público y propia idoneidad, que no podemos creer que un solo español disienta de nuestro voto. Esa junta puede estar formada, por ejemplo, por los señores

Cardenal Patriarca de las Indias.

Don Cláudio Moyano.

» Manuel María José de Galdo.

» Francisco Pi y Margall.

Conde de Cheste.

Don Buenaventura Abarzuza.

» Juan Alvarez de Lorenzana,

» Antonio Romero Ortiz.

» José Echegaray.

Marqués de Perales.

Don Manuel Sívela.

Decano del Colegio de Abogados de Madrid.

Don Julian Prats (presidente del Círculo de la

Union Mercantil.)

La modestia no puede autorizar á ninguno de estos señores

res á inhibirse de tan humanitaria obra. No conocemos su opinion, pero conocemos su patriotismo, y esto nos basta para saber aceptarán la designacion del público, que sintetiza los deseos del país.

Reúnase esa junta hoy mismo y desígne los medios de recaudacion que estime mas inmediata.

«El Imparcial» tendrá á gran honra publicar, por medio de suplementos, las listas de suscripcion.

Todos los hijos de este noble país, los extranjeros que gozan aquí de la hospitalidad del cariño; nuestros hermanos de América, las colonias españolas en Lóndres y París, todos todos los que experimenten alguna simpatía por España están obligados á acudir con su limosna.

Es un deber que á todos y á cada uno de los españoles se impone. ¿Quién ha de dilatar su cumplimiento? Hoy antes que mañana, cumplámosle todos.

La autoridad tiene de sobra que hacer con enterrar á los muertos y acorrer á las primeras necesidades. Acudamos nosotros á los vivos.

Ya que no seamos un pueblo feliz, seamos un pueblo magnánimo. La desgracia educa para la caridad, y España es tan desgraciada que hoy será pródiga.

La prensa de todos los partidos tiene que prestar su importante apoyo á este pensamiento, no nuestro sinó nacional. Contamos desde luego con nuestros compañeros de Madrid. Sabemos que la prensa de provincias excitará el sentimiento de las localidades, indicando personas que puedan colaborar en las tareas de la Junta Central de Madrid, y contribuyendo á dar una organizacion práctica é instantánea á esta empresa. Los periódicos extranjeros se asociarán asimismo á la obra comun de los espíritus humanitarios. Los que conducen el pensamiento tienen hoy el deber ineludible de despertar á la caridad.

El Banco de España puede reunir en sus arcas el fruto de la pública colecta. Id allí á entregar las sumas de que podais desprenderos en bien de Murcia.

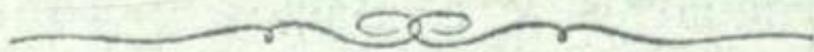
Con esta conjuracion de sentimientos generosos, el resultado es indudable.

Daos prisa. La inercia es hoy un crimen.

Diez mil desventurados aguardan el socorro de su madre.»

Después del artículo del «Imparcial» que acabamos de transcribir, debemos hacer mención del generoso ofrecimiento de «La Correspondencia de España» cuyo propietario y respetable familia hicieron el generoso y espléndido donativo que conoce toda España. Y el «Globo» y el «Liberal» y los periódicos de Barcelona y Valencia; la prensa de toda España, cuya enumeración en estos momentos nos sería difícil hacer, lanzó ante la nación un grito lastimero de socorro para la pobre Murcia y provincias inundadas; grito que resonó en el mundo y al mundo entero hizo sentir nuestros dolores y nuestras penas.

Yo, el mas humilde de los obreros del pensamiento, al ver á Murcia socorrida en sus mas apremiantes necesidades, cuando aun están humeantes las huellas de la catástrofe, y consolada para el porvenir, no puedo menos que consignar mi agradecimiento en esta frase: «¡BENDITA SEA LA PRENSA!»



CAPÍTULO IV.

HECHOS Y PROEZAS.

Sentimos gran temor al empezar á escribir este capítulo, porque sabemos que hemos de dejar olvidados muchos nombres y muchos hechos que tienen derecho á pasar á la posteridad.

La misma solicitud con que hemos procurado averiguar los hechos notables, ocurridos en la inundacion que relatamos, nos ha hecho conocer que son en tan gran número que es imposible ordenarlos y relatarlos; porque muchos de ellos, quizá los más grandes, han sucedido en la soledad, en el silencio, entre las tinieblas de la noche.

Por casualidad hemos sabido el hecho mas grande, del cual es heroina una niña de unos 10 años. Esta valerosa criatura, cuando su casa fué inundada y sus padres arrasados por la corriente, cogió á una hermanita suya, niña de pecho, y la salvó, no se cómo, sobre un árbol, donde estuvieron los dos ángeles toda una santa noche siendo el juguete de las olas que sacudian las ramas bajas. La madre de estas niñas pudo salvarse, y fué recogida en Murcia, y cuando creia que aquellas estarían ahogadas, se las encontró en la puerta del Instituto: fué un espectáculo conmovedor ver á aquella madre abrazar y besar á sus hijas, y ver con que ansiedad tomaba el pecho frio de la madre la mas pequeña de las niñas. El señor D. José Calafat, regidor del Ayuntamiento, que llevaba en sus brazos á la niña

cuando apareció la madre, puede dar mas detalles del suceso.

Bien puede ponerse á esta inocente criatura al frente de tanto heroe.

En aquellos dos dias primeros de la inundacion, el peligro que por todas partes se veia, producía no sabemos qué extraño vértigo, que disponía á todos á arriesgar la vida. Así se explica el hecho del diestro Antonio Sanchez (a) Nuevo Tato, que sujeto á una cuerda, cuyo solo peso le impedia nadar, se arrojó á la corriente en el soto del rio, por enfrente del Malecon, para salvar á unas mujeres, heroicidad en que le siguieron José Maria Sanchez y el tio Tono.

Lo mismo decimos de los dos jóvenes conocidos por el apodo de «Torraos» que en dicho sitio, donde toda prevision era poca, con el fragil apoyo de un flotante zarzo, se lanzaron en diversas direcciones, sacando de aquellos inundados terrenos á bastantes personas que se libraban del agua sobre las ruinas de sus viviendas.

En la enumeracion de hechos que diariamente apuntamos en el periódico, se leerán cosas admirables; aquí, quiero consignar antes de entrar en pormenores, una alabanza general á los cuerpos que mas se han distinguido.

El puesto de honor corresponde á la guardia civil. No ha habido uno, uno siquiera, que no sea digno de recompensa, Merecen mas que si hubiesen entrado diez veces en fuego. Y hay que decirlo muy alto, porque el modesto escritor que escribe estas líneas, es muy amigo de la justicia; «los guardias civiles que se hallaban en Murcia en los dias tristes de la inundacion, han escrito una página de gloria para la historia de dicho cuerpo.» Repito que no hay uno siquiera que no sea digno de recompensa.

En segundo lugar está el cuerpo de zapadores bomberos. Con su digno jefe el joven D. José Melgarejo Escario, y guiados del noble instinto de hacer el bien que anima á esta corporacion, han trabajado en todo, como ya hemos dicho, sin desdeñar ningun trabajo, sin proferir una queja, sin pedir pan, sia pedir nada. A sus jefes, que les han acompañado en todas partes, toca el proponer al Ayuntamiento los que han de ser recompensados, pues para este Ayuntamiento, como para todos, han sido siempre las niñas de sus ojos el benemérito cuerpo de zapadores bomberos.

La guardia municipal, merece tambien especial mencion. Casi siempre, se trata con injusticia á esos honrados padres de familia; sin considerar, que de lo que ellos no hacen, ó hacen mal, deben ser los responsables, casi siempre, los que en las corporaciones populares se estrellan con los pequeños, con los que no tienen mas medio que obedecer, sea lo que quiera lo que se les mande. Esa guardia municipal no durmió, no descansó, no comió en treinta horas, egecutando lo mas penoso de los servicios, como fué rcojer tartaneros y tartanas, ómnibus, carretas, y todo lo que fué preciso, desde el fabricar el pan hasta conducir los muertos.

Los dependientes del cuerpo de órden público son tambien dignos de recuerdo, pues no solo acompañaron á la guardia municipal en los importantes servicios que antes hemos indicado, sino que á las órdenes de sus respectivos jefes desempeñaron ótros especiales.

No hablamos aqui de las autoridades superiores, ni del ayuntamiento ni de ninguna corporacion pública, por que no parezca adulaciou ó enemistad; pero si declaramos que no vimos en nadie falta de patriotismo, y que las terribles, angustiosas y apremiantes necesidades de los dias críticos, fueron superiores á la talla ordinaria de los hombres.

Hechas estas generalas aclaraciones, entraremos en el relato de la lucha, trascribiendo los apuntes que sobre el terreno tenemos tomados y otros que nos han facilitado personas verídicas.

Empezaremos por Beniajan, de cuyos desastres hemos escrito menos hasta ahora.

La siguiente relacion nos la ha facilitado, original como la trascribimos, un maestro carpiatero de dicho pueblo, de despejado entendimiento, que ha tomado gran parte en los sucesos que refiere.

BENIAJAN.—La direccion paralela del Regueron con el lado del Mediodia de la huerta y la diagonal que traza la via con la misma, forma un ángulo como de unos 50 grados, cuyo vértice es el puente de la via en dicho Regueron. Pues bien, como la via, desde Murcia á Beniajan, va sobre un terraplen de uno, dos y tres metros sobre el nivel natural, y la mota del Regueron tiene igual ó mas altura, las aguas, en las grandes avenidas de Sangonera, sostenidas por el terraplen

de la vía y contenidas por la mota del Regueron se elevan á una altura de dos y tres metros, sobre todo en la proximidad de su vértice. Esta es la razon por qué sufre tanto esta parte de huerta en las avenidas, y sobre todo en la que deploramos; y por qué á los moradores de este país los lleva la curiosidad hácia este sitio.

El dia 15, en el pueblo de Beniajan, á las 3 de la madrugada, se presentía la inundacion por el olor característico del agua de avenida y el gran rumor que se oia, pero no se supo con seguridad, hasta las 7 de la mañana, y en esta hora fué cuando estaba el agua á su mayor altura. Antes de llegar al Regueron, á la derecha y la izquierda de la vía, todo inundado, las personas que se encontraban mostraban el pánico en su semblante. La avenida y corriente del agua en el Regueron era tal que daba temor pasar el puente de la vía; y el que lo hacia, era corriendo, por temor de que de un momento á otro habia de llevárselo. Mas adelante ya el agua besaba los carriles, y desde el azarbe llamado el Malecon, hasta perderse de vista, saltaba por encima de la vía formando un ruido espantoso.

En este sitio solo habia unos cuantos, que con legones y azadas procuraban romper la vía. No se podia pasar mas adelante; la casa de Francisco Montoya que es la mas inmediata a la vía, y que no se habia derrumbado, presentaba un cuadro espantoso; el gato, las aves, los conejos y el perro, estaban en el tejado.

Las vacas sacaban las cabezas por dos agujeros altos de la cuadrá, pues habian puesto las manos sobre los pesebres, y solo les quedaba fuera del agua la cabeza.

La burra estaba en el patio con las manos en las paredes á punto de ahogarse y 6 ú 8 personas se ocupaban en romper una pared, abriéndole un portillo, y por allí, amarrada con una cuerda y tirando desde la vía, salvadla. De cuando en cuando se oia el derrumbamiento de algun edificio, y los lamentos y ayes de sus moradores se confundian con el ruido del agua. Los vecinos que llegaban de Beniajan se quedaban atónitos ante aquel cuadro, y todos dirigian su vista hacia un bulto que se distinguía por entre unos árboles encima de las ruinas de una casa; unos decian que se habia ahogado, otros que no, y en esta incertidumbre nadie hacia por salvarlo. Los vecinos de aquel

paraje solo se ocupaban de salvar la burra y las cherras y cerdos y ponerlos encima de la vía.

En este momento que serían las 7 y media fué cuando llegaron de Beniajan al punto mencionado D. Manuel Fernandez Ujena, médico, Jerónimo Bautista, Alejandro Tomás, Andrés Sola, Fermin Garcia, Mauricio Minguez y José Bautista, que al hacerse cargo de lo que pasaba y oír el grito de agonía que daba la infeliz pidiendo socorro, se deciden á ir en su auxilio y no habiendo más medios que la cuerda con que sacaban la burra, y dos zarzos, y no pudiendo los de la huerta sacarla, se cojieron ellos á la cuerda y hala hala, de un tiron la ponen en la vía. Entonces con los dos zarzos atados á la cuerda convienen en acercarse á la vía 5 ó 6 que flotaban sobre el agua, yendo sobre los dos zarzos acojer los demás.

Y una vez sobre la vía, los toman acuestas y los llevan enfrente de donde está la infeliz madre con su hijo de diez años; empaquetan cuatro zarzos y los lanzan al agua. José Bautista y Antonio Mompean, (este último cuñado de la infeliz) se prestaron gustosos á ir por ella montando en la barca, primero el José Bautista, y al decir ¿quien me acompaña? yó, dijo el Mompean. Indudablemente, del bueno ó mal éxito de esta primera expedicion dependió el salvamento de muchos infelices. El uno con un olmo de unos 20 palmos de largo, y el otro con un palo de «corona», haciendo fuerza sobre el terraplen de la vía, dirijen su nave hácia donde estaba la infeliz.

Todo el mundo esperaba ansioso en la vía el resultado de de la empresa; se les vió llegar á aquel monton informe de ruinas y ponerle dos zarzos mas á la plancha, de modo que ya asegurados, los cuatro podian ir seguros; se acercaron poniendo la plancha debajo de ellos y cójenlos en brazos para ponerlos en la nave.

La infeliz al ver llegar aquellos hombres y conocer al Mompean, daba lamentos atroces ¡compadre de mi alma! ¡compadre de mi alma!: el hijo á su lado agarrado á la madre. no despegaba sus labios; estaban llenos de fangue, todos calados de agua, y al derrumbarse la casa, ella habia sufrido varias contusiones; se dolia de un hombro; por la barba vertia sangre; y en fin, se hallaba en un estado de prostracion y abatimiento, que las lágrimas se agolpaban á los

ojos al verla; estaban montados en un palo de la parra y entre el follaje de la misma.

El monton de ruinas y escombros que habia sido casa, presentaba un aspecto desgarrador; arcas, mesas, sillas, un costal de harina flotando sobre el agua; un cerdo con las manos sobre un palo procuraba sobre-nadando no ahogarse; en fin, todo causaba tristeza. Una vez en la barca madre é hijo, y apartando la vista de aquel cuadro, hicieron rumbo hácia la vía: todos los presentes esperaban con ánsia la llegada de los infelices, como llegaron felizmente, siendo recibidos por el Sr. Cura D. Juan Ruiz Ramirez y el cabo de la guardia civil Antonio Manzanares, y el médico D. Manuel Fernandez. Inmediatamente el Sr. Cura dió la orden al cabo, para que aquellos y los demás que saliesen los mandase á su casa, como sucedió.

La infeliz salvada se llama Concepcion Caravaca, y su hijo Juan Mompean Caravaca; el padre, el dia anterior, se fué á Orihuela, de modo que les cojió á la madre y al hijo solos. El feliz éxito de esta primera empresa, y la llegada de la guardia civil y Sr. Cura dió nuevo impulso la salvamento; así fué, que el cabo, no habiendo mas plancha que aquella, dió orden á los guardias Escolástico Martinez y José Faz, de que fuesen con Bautista y Mompean á salvar á Juana Mompean, Josefa Garvez Mompean y Francisco Galvez jóven de 14 á 15 años, que á una distancia de 200 metros se veian subidos á una higuera.

Mientras esto sucedia, Fermin Garcia construia otra barca y con el guardia José Sicilia se lanzan al agua. Antonio Tomás y Gregorio Minguez, hacian otro tanto, y con la barca construida por ellos se lanzan tambien, yendo á salvar á la familia de Joaquin Olmos. Llega Bautista y Mompean con los de la higuera, habiéndose dejado á los guardias donde ellos estaban por no poder la barca con todos y vuelven por los guardias, que inmediatamente que llegan, con sin igual valor, se arrojan agua al pecho, á pié firme, á salvar diez ó doce personas que estaban en una casa á la derecha de la vía dando voces de ¡socorro!; el guardia Martinez pierde la senda y se sumerje, cubriéndolo el agua; un grito de dolor lanzaron todos los de la vía, pero se le vé hacer un esfuerzo, flotar sobre el agua y cojer otra vez la senda y seguir impertérrito, llenos de lodo los ojos, que casi no veia: llegan á

la casa, y sobre sus hombros sacaron á la via á las mujeres y niños, en varios viages, con esfuerzos hercúleos.

En esto llega José Minguez, y al ver al Bautista solo en la barca, monta con él, y los dos, con Antonio Tomás y Gregorio Minguez en otra, se lanzan agua adentro, en busca de familias inundadas, hasta llegar á la casa de Francisco Frutos, la cual se habia sumerjido, incluso la barraca, en cuya lomera se hallaba toda la familia, quedando á cargo de salvarlos Tomás y Minguez (Gregorio). Bautista y Jose Minguez fueron en auxilio de la familia de Miguel Cárceles, pedáneo del partido de Garres, teniendo que construir otra barca, porque todos no podian salir en la que llevaban y remolcada la una por la otra salieron con felicidad á la via. Esta fué la expedicion mas larga, pues hicieron una marcha de mas de un kilómetro.

El hecho de José Cárceles, salvamento de su familia, fué como sigue: la casa estaba habitada por dos vecinos; en una habitacion estaba una mujer anciana, Concepcion Piqueras, de 65 años; y en la otra la familia de Cárceles y algunos vecinos refugiados en ella. El agua cubria el primer piso de las dos casas. La Concepcion fué bajada por un balcon, pero la dificultad estaba en salvar la familia Cárceles y los refugiados en ella, en número todos de 12 ó 14; no habia mas hueco que una ventana y tenia una reja de hierro, que era necesario quitar para que saliesen. Seis hombres que acudieron en tres barcas de zarzos, que eran los guardias Martinez, Cintas-Verdes, Fermin Garcia y Juan Pardo, y dos de la huerta, cuyos nombres ignoramos, apelaron al recurso del pico, y quitar la reja, cuya operacion era muy difícil, tanto por la inseguridad de las barcas, como por el peligro de derumbarse que ofrecia la casa, cuyo zócalo era de piedra, y lo demás de atobas, que á los golpes se estremecia. Sin embargo, Fermin Garcia, subido á una pared inmediata, logró con el pico hacer palanca, y desprender el marco de la pared; entonces, rompiéndolo, fueron cayendo los hierros y lograron hacer hueco por donde fueron saliendo todos; haciendo esta operacion con la precipitacion que es consiguiente, pues el edificio amenazaba ruinas. Todo esto acompañado de llantos y gritos. Otra de las familias que se salvaron, y costó inmensa trabajo hacerlo, fué la de Fernando Ortiz Campos: habia en el terrado 14 personas de todos sexos y

edades. Fué en su socorro Alejandro Zornoza y Juan Ladriero en una barca, sacando lo primero una niña de 3 meses, un jóven de 12 años y su madre; yendo en el segundo viaje el guardia Martinez, que al sacar, con Zornoza, una anciana, una jóven y una niña, la niña en un descuido se les fué al agua perdiéndose en el turbion. El guardia Martinez se arrojó instantáneamente á aquel agua-lodo, logrando salvarla. Al presentarse, los que iban en su auxilio, y gritarles que tuviesen ánimo, dos madres que se hallaban en el terrado dando el pecho á sus hijas, daban palmadas de alegría.

Al salvar la familia de Juan Cárceles, cuando estaban sobre la barca que llevaban Tomás y Gregorio Minguez, parte de la casa se desplomó, causando un ruido espantoso.

Así siguieron las operaciones, hasta las tres de la tarde que llegó el socorro de Cartagena. En esta hora llevaban los guardias civiles en union con los paisanos 82 personas salvadas. Todos al ver llegar el tren dieron tregua á su faena, estando de lodo, agua y sudor hasta los ojos.

El general Alarcon llegó con 6 lanchas y sus correspondientes marinos, una seccion de buzos y cuatro compañías de ingenieros. Dos lanchas fueron llevadas á Villa-Nueva en dos carretas, y las otras cuatro en el tren al sitio mencionado de la vía. Inmediatamente fueron lanzadas al agua: en la primera iba de práctico Andrés Sola, en la segunda Gregorio Minguez, en la terceca José Morales, y en la cuarta uno que no conocimos. Al llegar las lanchas á las casas, las mujeres y los niños se asustaban de ver aquello que nunca habian visto; y algunos se resistian á embarcarse y los marinos con lenguaje enérgico les hacian que montaran.

El general dió orden á los ingenieros que rompiesen la via por diferentes puntos, y así sucesivamente hasta que llegó la noche y ya las lanchas no se atrevieron á salir, retirándose toda la fuerza al pueblo, y quedando en la vía toda la noche como vigilantes y guardianes de todos los efectos y lanchas, la guardia civil de este puesto.

¡Este fué el descanso que tuvieron después de un dia de tanta fatiga, tanta agua y tanto fango!

La noche del 13, la casa del Sr. Cura párroco daba amparo y asilo á 116 infelices, que algunos hasta sin ropas habian sido salvados. Parecia un hospital; camas por do quiera, mujeres, niños y ancianos, todo invadido; en la

cocina diez ó doce ollas al fuego, muchas de ellas con aves, otras de carne para darles caldo y sopas, otras con aguas cocidas segun lo mandaba el médico D. Manuel Fernandez, que desde los primeros momentos en la via, y luego en casa del señor Cura, no se separó un momento del lado de tanto desgraciado. Tambien estuvo por la mañana en la via y luego en casa del señor Cura ofreciendo su botica y todo cuanto tuviese D. Enrique Cortina, como asi mismo el profesor D. Antonio Muñoz, Diego Gil, Mauricio Minguez, Gerónimo Bautista, Andrés Sola, Francisco Canton y muchos que no recordamos; por la mañana conforme iban llegando á la via se dedicaban á prestar cuantos auxilios podian, así concluyo este dia infáusto, dia terrible, dia de amargura.

José Morales García, que vive en los Garres, al saber la inundacion, corre en auxilio de su hermana Catalina Morales distante media legua; llega, y no encontrando mas que un zarzo y un palo, monta en él, y va en su auxilio sin reparar en lo frágil de la embarcacion; por fin pudo llegar con mil trabajos, pero nada hubiera conseguido á no haber sido por la llegada de Antonio Tomás y Gregorio Minguez que con lancha mas firme, cojieron á ella y sus hijos pequeños, y los sacaron felizmente, pero en el momento de poner ella el pié en tierra le dió un trastorno que le duró tres horas.

A Villanueva, sitio á las márgenes del rio, Norte de Beniajan, llevaron los marinos dos lanchas, y salvaron á la familia del alcalde y á gran número de vecinos. Las barcas fueron botadas al agua en el puente de Beniajan, huyendo de la corriente del Regueron, y de las otras encontradas corrientes que la proximidad del rio hacian peligrasen. Los marimeros lucharon en este sitio con gran valor y pericia; luchando con los accidentes del terreno y con el movimiento de las aguas.

Los vecinos, pues, del pueblo, habian acudido á las primeras necesidades, allí donde se oian los gritos de dolor que era menester no tener corazon para no decidirse, fuera como fuera, á prestar auxilio, los guardias civiles, como hombres y como individuos de un cuerpo que no puede calcular el peligro, sino entrar en él, cumpliendo perfectamente; y el general Alarcon, con los marinos, barcas, buzos é ingenieros completaron la obra, recorriendo todo el

partido, y siendo la salvacion de toda aquella parte de huer-
ta, desde Beniajan hasta el camino de Aljezares, y desde
los Garres hasta las márgenes del Segura, habiendo he-
cho estos marinos viajes recorriendo distancias de tres y
cuatro kilómetros y salvando unas 150 personas de inmi-
nente peligro.

BARRIO. En la mañana del 15, se vió á un hombre de unos
24 años y una estatura colosal, llamado Jose Hernandez (y
conocido en el Barrio y dentro de Murcia por Juanele).

Este fue el primero que entró delante del sargento Az-
cárate y demás guardias desde la plaza de Camachos has-
ta la tienda del Rollo. Al entrar con el dicho sargento en la
calle de la Greña, y como este no es muy alto, perdió ter-
reno y cayó envuelto en agua y lodo y el Juanele, le cogió
librándolo tal vez de la muerte al dicho sargento.

Despues siguió trayendo gente donde esperaban los co-
ches que no podian pasar, y despues de haber dejado co-
locadas á dos mujeres y un niño que se descolgaron desde
los balcones y recibiendo este, vió que había caido una
mujer y un guardia de á caballo y tirándose, salvó á la mu-
jer y al guardia.

Como este es un hombre forzado, no tenia inconveniente
ninguno en que se descolgaran da algunos balcones y el
los esperaba sin que ninguno cayera al suelo.

Todo esto lo estuvo haciendo desde por la mañana tem-
prano hasta las 3 de la tarde, haciéndole retirar sin que si-
quiera pudiera ya moverse.

Tanto es así que tiene que ir hoy apoyándose en un caya-
do para poder andar.

R. MAMZANO.

Otros hechos:

Sr. D. José Martincz Tornel.

Murcia 7 de Noviembre de 1879.

Muy Sr. mío y de mi mayor consideracion: Participo á
V., que en el inolvidable día 15 de Octubre, deseoso de
saber el estado de mi familia, que vive en la plaza de Cama-
chos, me lancé en medio del agua cortando la veloz corriente
del líquido elemento; enterado de que no había novedad en
mi familia y viendo tanto desgraciado que pedia socorro
en medio de las rugientes olas, seguí al valiente sarjento de

la guardia civil Sr. Ascárate y varios individuos del mismo cuerpo, estuve en la esquina del camino de Alcantarilla, librando de una casa 7 criaturas y 2 jóvenes, librando también otras varias personas en el camino de Aljucer, conduciéndolas en unión de los guardias al coche del Sr. Mergelina, siguiendo todo el día llevando gente de la estación al coche del dicho Sr. Mergelina.

Muchas personas me han instado para que me presente al Sr. Gobernador á exponerle mis trabajos en aquel día de luto y de llanto para mi madre Murcia, pero yo que todo lo he hecho por caridad no quiero nada, no quiero más que saludar y darle las gracias á España entera, porque ha oído los ayes de los desgraciados hijos de Murcia y acuden con mano caritativa á depositar cuantiosos socorros con que enjugar tantas lágrimas.

Soy de V. affmo. s. s. q. b. s. m.

FRANCISCO JAVIER FERNANDEZ.

—En el camino Nuevo, partido de San Benito, junto á la casa de D. Juan Somalo, vivia Diego Hernandez Tovar en una casa de dos pisos. Cuando llamaron á la puerta los vecinos pidiendo auxilio, se levantó muy atribulado y les dió todos los hachones que tenia en la tienda. Cuando los estaba dando le dicen que entraba agua por su corral, y sale y ve el corral lleno de agua. Cuando aceleradamente cerró la puerta del corral y empezó á subir arriba; en estos momentos vino un golpe de agua y arrancó la aldaba de la puerta del corral, y del bufido se cerró la puerta de la calle; entonces subió el agua á las tablas de la cama, tuvo la advertencia de abrir la puerta de la calle, y de este modo vió que tomó el agua corriente, y entonces volvió á la cama y sacó una niña de 4 años que ya levantaba el agua los colchones, y la subió al segundo piso y se volvió á la puerta de la calle para que no se cerrara, y allí se acogieron muchísimas familias, que allí se han librado, y el Diego Hernandez estuvo ocho horas atado á una reja de la ventana para que la puerta no se cerrara como quiera que veía que todos los intereses de su casa se le iban, trabajaba para ver si podía sostener algo, cuando vió venir un bulto en la corriente

del agua, y vió que tocó una persona, y entonces cayó desmayado.

Dios quiso que levantara la cabeza del agua, y como estaba atado de la cintura siguió otra vez teniendo la puerta; ¡cuantas penas pasaría este desgraciado cuando veía que habían caído todas las casas de un lado y de otro, y que no quedaba mas que la suya y no podía huir!. Cuando fué de día y empezó á bajar la gente; ¡qué lamentos tan tristes daban en aquella casa! todos se tiraban al cuello de Diego Hernandez, dándole las gracias porque por su advertencia de tener la puerta abierta, había librado todas aquellas familias; este desgraciado ha perdido cuanto tenía: y gracias á Dios, se ha salvado él y su familia.

El público se ha interesado por el guarda-aguja José Marco, y nosotros por nuestra parte vamos á narrar lo sucedido. Eran las doce y media de la noche del día 13, cuando salió de su casa (sita en el Canapé) ó sea camino de Cartagena, llevando en los brazos un niño de 3 años, una niña de 4, acompañado de su esposa de 31 y de su hermana de 19; la primera, embarazada de 7 meses; y cogidos todos de la mano, tomaron por la carretera, llegándoles el agua al pecho; al dar frente al pátio de D. Juan Lopez Somalo, cuya casa era su única salvacion, cuando escasamente faltaban tres metros para llegar á ella, rompieron las aguas las puertas y se desbordaron con impetuosidad, arrojando á la desgraciada familia de Marco por completo: al salir nadando, el referido Marco, se encontró sólo con los dos niños; su esposa y hermana, habían desaparecido; dejó á sus dos hijos en lo alto de la tienda de un carro que había en la puerta de una casa, fué nadando á la del referido señor de Somalo, preguntando á las personas que había en ella, si habían visto á su esposa y hermana; lo dijeron que no, y después de buscar inútilmente, se dirigió nuevamente en busca de sus hijos, cortando las corrientes que eran impetuosas, y poniendo en grave riesgo su vida. Al llegar al carro, ya este marchaba á merced de las aguas, y cojió á sus dos hijos cada uno en un brazo y se dirigió á una vivienda inmediata, que había personas de diferentes sexos en el terrado, arro-

ando á los dos pedazos de su corazón por todo lo alto, para que los recibieran los que arriba estaban, por serle imposible efectuar la subida con ellos, y con un madero consiguió subir este desgraciado padre; encontrándose con su hermana, que un hombre la vió pasar, y arrojándose al agua, la sacó con vida. Colocó á sus hijos en un monton de rastrojo para mitigar algo el frio que tenían, por estar en camisita y llenos de barro, y á poco rato, dormian el sueño de la inocencia, cuando Dios dispuso desplomar la casa. Empezó á buscarlos entre los escombros, encontrándolos sin la menor lesion, gracias al rastrojo en que estaban envueltos; la hermana salió ilesa, no así los otros desgraciados que les acompañaban: unos quedaron bajo las ruinas, y otros mal heridos; puso un palo sobre el terrado de la casa inmediata siéndole muy difícil, y con muchísimo trabajo consiguió salvar una vez más el resto de su familia; cogió en los brazos á sus niños, y dijo á su hermana: «esta casa tambien se mueve y es probable se desplome, y deseo no nos separemos bien sea para morir ó para vivir»; al decir estas palabras se desploma la casa, cayendo el Marco con los niños en sus brazos, recibiendo varias heridas que le hicieron perder el sentido y abandonar por un breve rato á la familia, siendo suficiente para que desapareciera la niña, para no volverla á ver; al salir de su aturdimiento encontró sola á su hermana y el niño asido á su tia, fuertemente impulsado por el instinto de conservacion.

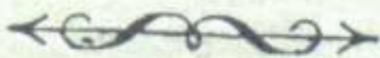
Cogió un madero entre las piernas, colocó á su hermana encima de él y el niño asido á su cuello; en esta forma, se abandonaron á la voluntad del que todo lo puede; pasaron por el jardin de la Condesa (reconocia este sitio por el pino que tiene en su centro) y á poco rato encontraron un linonero, al que llegaba el agua á media cepa, de la que rompió parte para formar un parapeto donde subió á su hermana é hijo; llegaron al árbol á las dos de la mañana, permaneciendo en él hasta las seis, pasando todo este tiempo con agua al pecho y cogidos á la cruz del referido árbol; ya de dia pudo cerciorarse del sitio, empezando en este momento á llover; su hijo casi desfallecido le dijo: ¡Papá dame pan y tápame que no me moje! no teniendo lo que con tanta necesidad le pedia, se arrojó al agua, cogió otra vez el madero y exploró las inmediaciones, distinguiendo una casa que después su-

po era la de Francisco Ver[>]; este y dos más estaban en el terrado y arrojaron unos zarzos, saliendo en su compañía para favorecer á su mermada familia; ya en salvo, les administraron alimento y ropa, curando al Marcos de sus heridas, como así mismo á su hermana de algunas contusiones. Tan pronto se restableció un poco, volvió al agua por si encontraba á su esposa é hija, vivas ó inuertas. ¡Todo inútil! A las doce del día dió vista á la casa del referido Sr. Somalo, desde donde fué trasladado al pueblo del Palmar, en una carreta, no pudiendo pasar á Murcia. A los dos días se reunió con su hermana é hijo.

El 26 fué por primera vez á la casa que habitaba por si encontraba alguna cosa y solo sacó prendas que estaban completamente estropeadas. ¡Pero ay! Si el infeliz hubiese sabido lo que le esperaba al regreso á la Estacion, no se hubiera ausentado de ella. El hijo que habia salvado á costa de innumerables trabajos, estando jugando en el muelle alto cayó y se fracturó la pierna izquierda; con que dolor no cogeria este padre á su hijo para llevarlo al Hospital y que le hicieran la primera cura. Esto solo los padres lo comprenden. Hoy lo tiene en la Estacion asistiéndolo solícito y con el mayor cuidado. Tiene una niña de nueve meses que la estaban criando en el Rincon de Seca, se salvó con el ama en lo alto de un árbol.

Ya se encuentra restablecido de sus contusiones Diego Peña Sanchez, que vive en Cartagena, calle de San Fernando, y que tan heroicamente se portó el día de la inundacion salvando á varias familias de una segura muerte, al no haber sido por su auxilio,

Mucho nos ha alegrado esta noticia, de persona tan caritativa.—«Noticiero» del 30.



DECLARACION DE UN GUARDIA MUNICIPAL.—Día 14 de Octubre desde las dos y media de la mañana hasta las diez de ella, estuve prestando auxilio á los desgraciados de las orillas del Malecon, acompañado de varios dependientes de la corporacion, y después pasé al barrio de San Benito á prestar auxilio á los dos individuos de la guardia, que se encontra-

ban ellos y su familia en grande afliccion, haciéndole entrar á un tartanero en la plaza de la Paja, al lado del molino de los Álamos, á donde saqué la familia del Rojo Pinar, uno de mis compañeros, la de Antonio Hernandez y otras varias familias que pude hacer que salieran, llegándome el agua hasta la cintura; después me dirijí á la calle de Campaneros, donde salvé á la familia de Carlos Ruiz Calderon, que estaba encima del terrado, y con ella otras cuatro niñas, dejándolas á todas en salvo en lo alto del Puente; me dediqué en el mismo barrio á prestar auxilios á cuantos me los pedian.

Dia 16: por orden del Sr. Alcalde, pasé al camino de Algezares á recoger los cadáveres que se encontraban en medio de los banales, con cuatro bomberos y cuatro soldados: sacamos el cadáver de un hombre y el de un niño de unos 14 años de edad, los que fueron trasladados en carros, conducidos encima de nuestros hombros al camino de Algezares: además de esos se sacaron otros dos niños de corta edad y dos mujeres al lado de la estacion, próximo al camino de Algezares: después tuve aviso de otras dos mujeres que se encontraban ahogados en medio de los banales, y con agua y lodo hasta mas de medio cuerpo, fueron sacadas y conducidas al Hospital, dejándome dos cadáveres sin poderlos sacar por la mucha cantidad de agua que les cubria, los que pude sacar el dia 17 á las diez de la mañana: y además otras dos mujeres que habitaron al lado del camino de la Fuensanta: después, en la tarde, llegué hasta la torre de Caradok, en donde estaba la comision prestando auxilios á quien los necesitaba; regresando por el mismo sitio á esta ciudad, con una orden de la comision, para que les mandara carruaje para poderse venir

Dia 18: salieron cuatro números de la corporacion con los ingenieros, á las órdenes de don Juan Miguel Hernansaez, al Lugarico y al Rincon de Seca, recojiendo el cadáver de un jóven que habia en la orilla del camino de Alcantarilla.

Dia 19, me encargué de dar paso á las aguas en la acequia Mayor de Barreras, á las órdenes de D. Jerónimo Garcia Ruiz y D. Pedro Belando, habiendo sacado de dentro del cáuce 22 cerdos ahogados, 12 ovejas, 7 cabras, una burra y una mula; habiendo tenido que nombrar para eso 6 hombres, porque todos me se negaban á hacerlo, además de la ente que tenía trabajando en Barriomar. En este mismo

dia se sacaron una vaca, una ternera y dos cerdos, todos fueron enterrados conforme estaba mandado por la comision: y á demás donde se me mandó por las autoridades. Estos son los servicios prestados por el Cabo de la guardia municipal desde el 15 hasta el 31 del mes de Octubre.

«El Noticiero» publicó el siguiente comunicado.

Sr. Director de «El Noticiero».

Muy señor mio y de mi mayor consideracion y respeto: En atencion á lo que pone en su número del 30 del pasado teago que decir á V. lo siguiente:

Todo lo que he leído en su periódico del Sr. Ufano y del héroe Sr. Pontones es cierto, pero se conoce que no se ha acordado el Sr. Ufano de que al ser de dia, en el agua, no estaba en el barrio de San Benito mas que el Sr. Pontones y el Sr. Pico guarda-freno, despues de haber ayudado á salvar con el Sr. Pontones por los terrados de las casas inmediatas, á cuantas familias estaban al alcanee de nuestras manos: posterior nos bajamos por el balcon del Sr. Pontones, el mismo, y el Sr. Antonio Pico, que saliendo al centro del camino y viendo que la altura del agua era mayor que la suya le obligó á volverse á subir por el mismo punto, pero al mismo tiempo, viendo que en union del cabo Azcárate, venian varios paisanos, nos volvimos á bajar, el S. Pontones, hijo y el Sr. Pico, fuimos los que nos dedicamos á poner en salvo á cuantos desgraciados traian del camino de Alcantarilla los guardias civiles que con el Sr. Azcárate llegaron al mencionado punto: todo esto fué por la mañana en sus primeras horas. Luego fué el gran anodadamiento para todos, por tener que volver á sacar de casa del Sr. D. Joaquin Sanchez y del Sr. Pontones unas cuantas familias que se hallaban en ellas refugiadas, hasta dejarlas en la estacion del ferro-carril, volviendo enseguida al punto mencionado para empezar el mismo trabajo, en cuyo tiempo el referido Sr. Pico, todavia con agua á más de la cintura, pasó desde el camino de Alcantarilla hasta la esquina de la calle de la Greña, por salvar al hijo de un compañero sayo, llamado Juan Ortiz, hijo de Pascual: todo esto se pu e-

de preguntar á varias personas socorridas que aun estan en el punto del siniestro.

José Tornel, albañil, morador en el partido da Beniajan, con motivo de estar construyendo una casa en el Llano de Brujan, á José Salazar, labrador de D. Manuel Fontes Alvarez de Toledo, pernoctó en la habitacion de aquel en la noche del 14, habiendole cabido la satisfaccion, en medio de las amarguras por que pasó, de haber salvado la vida á 22 personas, en su mayor parte niños, valiéndose de dos escaleras que colocó, la una, dentro de la pared del pátio de dicha casa, y la otra, por la parte de fuera, conduciendo dos á dos á un álamo que hay próximo á la referida vivienda.

Diego Belando Zamora, del partido de los Garres, salvó 12 personas y 2 burras, en el camino de Aljezares, sitio llamado de la Media Legua, al lado Norte de la acequia de Alguazas, partido de San Benito, con la particularidad de que al ir á salvar á los que pedian socorro, por montarse en los zarzos, cayó una niña de 4 años al agua, y él la sacó, yendo él nadando y empujando al zarzo, conduciéndolo así un trecho que no bajaría de 400 pasos. Este tal Belando Zamora es pobre casi jornalero, con dos hijós, vive allí inmediato, y salió con agua á la cintura cuando oyó las voces de socorro de su vecino Antonio Garcia Lopez, que es el que ha venido á consignar este hecho por que no puede pagarle de otro modo á el Belando.

El nombre de Francisco Sevilla es generalmente alabado en el barrio, en donde con el valor que le es reconocido, egecutó gran número de hechos de difícil narracion para el que no ha sido testigo presencial; pero baste decir que en el barrio del Cármen se pronunció el nombre de Paco Sevilla con general elogio.

Tambien merece especial mencion Manuel Tegeiro, cono-

cido con el nombre de el Piator Gallego, que recogió á gran número de infelices por diferentes sitios del barrio. Este Manuel Tejeiro es cesante de la compañía de ferro-carriles, á cuyo director lo recomendamos.

Nuestro amigo D. Diego Hernandez tambien nos han dicho que prestó excelentes servicios en el barrio de San Benito.

—Un suscriptor nuestro, que á lo que parece, se hallaba en el tren la mañana del suceso, nos escribió una carta para que preguntáramos al Sr. Peña, médico de la estacion, quien fué el joven que lo salvó á él y otros, pues, al decir del comunicante, el Sr. Peña debía saberlo; y habiendole dado conocimiento al Sr. Peña del contenido de dicha carta, nos dijo, que á su parecer no podia referirse mas que á uno de los zagales ó mozos de coches que tiene el dueño de la central, el cual puesto delante de los caballos del coche que llevó socorro á la estacion, hizo que pudiera arribarse á ella, pues su estatura le permitia sostener las cabezas de los caballos para que no se espantaran, respirando el agua que casi les cubria.

—D. Felipe Caba, teniente de carabineros, salió de su casa á las cinco de la mañana del terrible dia 13, y previo permiso del comandante militar, marchó con su escasa fuerza de doce hombres al barrio del Cármen, donde la dividió á fin de poder amparar mejor á los infelices que pedian socorro en las ansias de la muerte. Para dar ejemplo á todos, el referido teniente se echó al agua, y casi cubriéndole ésta hasta el cuello, llegó á varias casas, de las cuales sacó muchas criaturas y mujeres, que hubieran perecido inevitablemente sin su importantísimo auxilio.

El inmenso caudal de agua que en dicho sitio habia, y la imponente fuerza de su corriente, no permitian á Caba y los suyos avanzar demasiado; pero á las siete pudieron llegar á la tristemente célebre calle de la Greña, en una de cuyas casas salvaron á tres pequeñas criaturas, con grave riesgo del cabo segundo, que fué á su vez salvado por la Guardia civil. Otro detalle que interesa y conmueve es el siguiente: En la misma calle, número 61, si la memoria no me es infiel, una mujer de alguna edad pedia á grandes voces socorro. Caba, acompañado de un subordinado, la sacó en sus brazos, corriendo ambos gran peligro, por derrum-

barse la casa en cuanto de ella salieron. A las nueve de la mañana. estos valientes militares habian efectuado cinco viajes al ayuntamiento con un coche lleno siempre de familias salvadas,

El último viaje tambien es digno de que lo refiera. Habíanle dado aviso al señor Caba de que se necesitaba auxilios con urgencia; y como en coche no era posible penetrar, volvió á tirarse al agua, que le cubria todo el cuerpo, y llenó cumplidamente su humanitaria mision. Pasó después al camino de Algezares, inmediaciones del huerto de Capuchinos, y vió lo primero una mujer como de sesenta años sobre el terrado de una casa que amenazaba ruina, y la salvó tambien, como á 12 muchachos y cuatro mujeres mas en aquellas inmediaciones.

En fin, aquellos dias, ya lo hemos dicho, habia vértigo por lo grande, por lo heróico y por lo bueno. De nuestra imprenta faltó un cajista, y á las cinco de la tarde nos lo encontramos descalzo, lleno de lodo y sin haber comido en todo el dia, pues se fué al barrio, de donde venia á la hora en que nos lo encontramos y donde ayudó á algunos infelices á salir de sus destruidas moradas. A un repartidor lo encontramos en el Malecon, llevando en brazos á un niño de la familia salvada en el soto.

Por último, debemos hacer mencion de Isabel Lopez, vecina del Partido de San Benito, la cual después de sacar sobre las espaldas á su marido ciego, con cinco hijos que le seguian casi desnudos, llegó á las puertas del Ayuntamiento á la una de la noche, diciendo á gritos: «¡Ayuntamiento! Ayuntamiento!, Socorro!» A cuyas voces despertaron el guardia municipal Ramon Ramos, el portero, Ceferino Lopez y Pedro Molina, los cuales recogieron á los hijos de la infeliz y dispusieron que se llamára al agente D. Manuel Lorenzo para que inmediatamente se tapase el portillo del Malecon, que amenazaba inundar la ciudad.

CASOS EXTRAORDINARIOS.—Una madre lucha en medio del agua, con dos hijos pequeños en sus brazos. Cerca de ella, su marido, luchando por salvarse, le dice;

—Tira uno!

—Y á cual?—preguntaba ella.

Dormia un matrimonio: á su lado habia una cuna con un niño. La mujer oyó llorar á su hijo, alargó el brazo y tocó el agua.

Se levantaron despavoridos.

La mujer abre la puerta del pátio, y el turbion que cayó sobre ella la ahogó,

El hombre coge al niño, sale á la calle y arroja á la criatura al terrado de la casa para salvarlo. El sube después á un árbol, y al poco... vió sepultarse la casa y rodar el niño á merced de las aguas.

—
Dos niños se han salvado sobrenadando, cogidos á las puntas de dos cañas.

—
Los relatos anteriores los hemos copiado en la misma forma que nos los han remitido testigos oculares. Hemos preferido publicarlos así, y no retocarlos, por no quitarles el carácter entusiasta de las manifestaciones populares. Gran incorrección tienen, pero con tanta verdad, que tachar una línea nos hubiera parecido una profanación.

Nos dejamos mucho por decir. Sabemos de muchos padres que han luchado heroicamente por sus hijos, de algunos hijos que han perecido por sus padres: todos ellos oscuros, sin nombre, que han sido héroes sin pensarlo y que han merecido bien, solo para Dios.

Por eso decíamos en «El Diario» de el dia 24.

A LOS HÉROES OSCUROS.—¡Cuántos de estos nos rodean! Sin nombre, sin estímulo, no sabemos porque extraña aspiración de gloria, esos héroes oscuros, que nadie conoce, que nadie alaba, que nadie atiende, que nadie paga, realizan grandes empresas que tal vez libran de la muerte á cientos de personas.

En la inmensa catástrofe que ha pesado sobre esta ciudad, hemos tenido ocasion de observar la grandeza del héroe oscuro, que solo hace el bien por la satisfacción de realizarlo, por el sentimiento de humanidad, por la convicción íntima y profundamente cristiana de que Dios escudriña los más íntimos secretos del corazón, y de que no habrá obra buena que no tenga su recompensa.

Hay en la huerta hoy muchos héroes oscuros que tienen hambre, porque la vergüenza, la dignidad del pobre, que

es la dignidad más orgullosa que se conoce, les impide acercarse á tomar la limosna de un pedazo de pan.

Héroes del trabajo ayer, que con su pobre jornal sostenían una familia, y héroes hoy de la miseria, que la sufren con la estoica resignación del cristiano.

Queremos hacer con estas líneas un llamamiento á la realidad, para que no haya desvanecimientos de amor propio. Juzgue cada cual, con la mano puesta sobre su corazón, lo que ha hecho en beneficio de sus semejantes; y no crea que las posiciones sociales, ni el nombre, ni la representación, autorizan para vanidades de ningún género.

En las críticas circunstancias porque ha pasado esta ciudad, se ha visto lo que valen, lo que son los hombres. Han obrado los instintos con toda su rudeza; el pueblo ha hablado con la nobleza de su corazón; la opinión pública se ha manifestado sin rebozo: y hemos aprendido todos que lo que se necesita para las grandes crisis de los pueblos, es lo que tienen los héroes oscuros: corazón y nada más que corazón.



CAPÍTULO V.

LA VENIDA DE EL REY.

El lunes 20, á las cinco de la tarde, llegó S. M. el Rey á la estacion de Alcantarilla; pues aunque la compañía del ferro-carril habia querido disponer la via para que el tren régio pudiese arribar á la estacion de esta ciudad, no le fué posible.

El viaje del Rey á Murcia fué ex-profeso. Su Magestad varió el itinerario y adelantó dos dias su salida de la córte para venir á esta desgraciada ciudad y ver de cerca y por sus propios ojos el desastre.

La noticia de la venida del monarca, alegró á esta ciudad. El pueblo y sus representantes se sintieron honrados, y al pánico y desaliento de los dias anteriores, sucedió una consoladora esperanza. En las horas tristes de la desgracia es cuando los buenos reyes visitan á los pueblos. Los monarcas grandes de la historia son los que se han acercado á los miserables, y Murcia era una ciudad miserable.

Salió á recibir á S. M. á la estacion de Alcantarilla un gentío inmenso. El Gobernador, la Diputacion, el Ayuntamiento, la representacion militar de la provincia, los altos empleados, toda la parte oficial, acudió allí, no creyendo cumplir un deber reglamentario, sino orgullosos de acudir al recibimiento de un Jefe del Estado que sabia socorrer tan noblemente la desgracia.

Yo no presencié la llegada del Rey á Alcantarilla: ni fui invitado, ni me gusta formar parte de las comisiones oficiales; me quedo casi siempre por fuera, porque me place oír por mis oídos las manifestaciones del pueblo. Sin embargo, sé positivamente que el Rey fué victoreado con delirio en dicha estacion.

Yo encontré á la comitiva régia en medio del camino, un poco mas allá del Lugarico. En medio del camino saludé al Rey, diciéndole con voz fuerte: «¡Bien venido! ¡Bien venido!» á lo que S. M. contestó, saludándome con la mano y con una amable inclinacion de la cabeza.

Iban con S. M. en el coche, el Ministro de Marina, el señor Gobernador y el Sr. Alcalde. El rey vestía el uniforme de marino. Al estribo iba el Jefe de la guardia civil señor Rivera. Algunos huertanos, cogidos al coche, hablaban con Su Magestad, el cual les preguntaba pormenores acerca del desastre y seguía con interés el relato desaliñado que aquellos pobres le hacian de sus penas.

Al llegar á Nonduermas, uno de los sitios donde se ha cebado la inundacion, bajó el rey del coche y se cercó á aquellas miserables ruinas. El rey se vió solo entre los miserables habitantes de aquel pueblo; unos le besaban la mano, otros le tocaban la ropa; otros, arrodillados, le llamaban «padre de los pobres». Aquello fué una apoteosis; la apoteosis de la Magestad hecha por la miseria. Estamos seguros de que Don Alfonso de Borbon no olvidará nunca aquella escena, que hizo derramar lágrimas á todos los presentes. ¡Cuadro grande, digno de la historia, fué aquel! Acababa de ocultarse el sol; las ruinas, sobre desoladas, tornábanse negras y oscuras; el silencio precursor de la noche, solo se interrumpia por los gritos doloridos de aquellos pobres, que en cada viva parecia que dejaban escapar un ay del alma; se presentía la noche triste que había de sobrecojer á aquellos pobres, desnudos, miserables y sin albergue; los árboles estaban inclinados ó caidos; y sobre este paisaje de tristeza, se veia un Rey jóven, caidos los brazos y visiblemente afectado, rodeado de mujeres descalzas, harapientas, llorosas, que levantaban los brazos suplicantes.

Gran número de monarcas han visitado á esta ciudad. Don Alfonso el Sábio entró en ella siendo príncipe, y encontró á su paso por la puerta de Bib-Almunen un suelo sembrado

de flores, que el mismo pueblo árabe le habia preparado; D. Pedro el Cruel, visitó esta ciudad mas bien como guerrillero, y entró en ella turbulento, acompañado del ruido de las armas y de aprestos bélicos; los Reyes Católicos vinieron en el dia alegre del Señor, y asistieron á una solemnísimá procesion del Corpus; Carlos V., atravesó el arco del Pilar, donde juró sobre los evangelios guardar los fueros de esta ciudad, y solo encontró aquí regocijo y gala; Carlos IV y Maria Luisa fueron recibidos de rodillas por la aristocracia murciana; Doña Isabel II encontró un pueblo entusiasta, alegre, rico, una vega frondosa y arcos de triunfo por todas partes. Sólo el Rey D. Anfonso XII, ha venido á Murcia cuando sus jardines no tenian flores, cuando sus huertos no tenian azahar, cuando su vega estaba destruida y cuando los hijos de Murcia no podian vestir de gallardetes y colgaduras las ruinas elocuentes de su desgracia.

Permítanme los lectores que copie aquí la poesía que dediqué á S. M., y la que escribió mi amigo el laureado poeta D. Ricardo Sanchez Madrigal; una y otra inspiradas en el agradecimiento que sentiamos al ver al Rey consolando á nuestra afligida madre:

A S. M. EL REY DON ALFONSO DE BORBON.

Siempre dediqué mis versos
á mi huerta, á mi ciudad.
Nací bajos sus moreras,
entre sus bosques de azahar,
sus glorias eran mi gloria,
y, su contento su paz,
mi alegría y mi consuelo,
mi dicha y felicidad.

Hoy, Señor, que Murcia llora
en miserable orfandad;
hoy, que la huerta bendita,
como un cementerio está;
si vos, Señor, de sus ojos
venis el llanto á enjugar,
yo cantaré vuestro elogio
y vuestra fama inmortal.

Mirad al pobre huertano,
que se encuentra sin hogar,
desnudo, hambriento, abatido,
comiendo el bendito pan,
que de espléndida limosna
le entrega la caridad.

No os ofrece del rebaño
el nevado recental,
como, cuando siendo niño,
vinísteis á esta ciudad,
porque lo ha perdido todo,
y nada tiene que dar.
Las huertanas, cuyos ojos
de llanto son un raudal,
no os llevarán canastillos
de frutas ni de azahar,
porque, avergonzadas, yertas,
pálida su hermosa faz,
sobre las tristes ruinas
de su miserable hogar,
están pidiendo á los cielos
misericordia y piedad.

No hay en la huerta una flor,
no hay un tallo sin tronchar,
ni una alegría en las almas,
ni una sonrisa en la faz.
Vos sois jóven, Rey de España,
en vuestro pecho aún está
sin desengaños el alma
y el corazon sin nublar:
si nos abris vuestros brazos,
si venís, por caridad,
á consolar nuestras penas,
jóven Rey, venid en paz.

Y que Dios os dé ventura:
que os dé la felicidad
el ángel de blancas alas,
esa mujer celestial
que, dentro de poco, el trono
de España compartirá:
que si algun dia en la huerta

las flores nacieran yá,
de las azucenas blancas,
del mas frondoso rosal,
para una Reina bellísima,
la Huerta os ofrecerá,
con rocío de sus lágrimas,
una corona inmortal.

AL REY.

Ya la viste, Señor: pobre y desnuda,
deplorando el rigor de su destino,
para poder sufrir prueba tan ruda,
Murcia te pide generosa ayuda,
desolada en mitad de tu camino.

Un hálito de muerte se respira
en cuanto fué su Eden y es campo raso;
y aunque en amor y gratitud se inspira,
no halla, por más que sus escombros mira,
ni una flor sola que arrojarte al paso.

Pueblo ayer floreciente y hoy caído,
de un torrente sin par al recio embate,
no le es dado llevar hasta tu oído
mas que el ¡ay! del labriego dolorido.
y el triste canto de dolor del vate.

Mas, náufrago infeliz que avista el puerto,
tras tu carroza con ardor se lanza,
y ya no teme al porvenir incierto;
porque vé reanimarse el pecho yerto
al fecundo calor de la esperanza.

¡Bendito la mision del soberano
que el infortunio de su pueblo siente,
y ardiendo en caridad, sin fausto vano,
á su desdicha y lamentar, presente,
caer le impide con robusta mano!

Jamás del sólio la escabrosa altura

osé envidiar en ambicioso sueño:
mayor es, del que es más, la desventura,
y el débil corazón sentí pequeño
para probar del sólio la amargura.

Y hoy te envidio monarca poderoso;
porque al ganar de bienhechor la palma,
yo te contemplo saborear gozoso
el placer inefable y no engañoso
de todo el bien hacer que anhela el alma.

Y envidio el régio y anchuroso manto
á que mi pátria con afán se ha asido,
porque puedes en él, con amor santo,
amparo dar á tanto desvalido,
y enjugar de los ojos lloro tanto.

¿No es verdad que de dicha el alma estalla
cuando el lamento del que sufre acalla?
¿Donde gloria mas grande y verdadera?
Vale mas que el laurel de una batalla
el que en premio del bien al bueno espera.

¡Ah! no temas que muera la memoria
de tu nombre, á los miseros consuelo;
en página feliz de ilustre gloria,
cuando la muerte te arrebate al suelo,
«Rey benéfico fué» dirá la Historia.

Y en justo pago de los ricos dones
que hoy por mi pátria tu bondad apura,
doquier te seguirán sus bendiciones,
mientras un reino eterno te asegura
en sus agradecidos corazones.

R. SANGHEZ MADRIGAL.

En la noche de su llegada tuvimos el honor de saludar á S. M. Pusimos en sus reales manos el número de «El Diario de Murcia» del día 20, y tuvimos el atrevimiento de llamar la atención de S. M. sobre algo de lo que en dicho número le dedicábamos: el Rey leyó delante de nosotros con interés. Nos dijo que había recibido el número del «Diario de

Murcia» del día 16 que le remitimos, y que la descripción que en él hacíamos de nuestras desgracias le habían interesado hondamente, desgracias que había visto tristemente confirmadas en su paso por el camino de Alcantarilla.

Antes de tener la honra de hablar con Su Magestad, como ya hemos dicho, le habíamos visto en el camino de Alcantarilla, le habíamos admirado contemplando con tristeza las ruinas de aquellas casas, le habíamos oído hablar con el pobre huertano é interesarse por sus cuitas y consolar cariñosamente sus penas, y cuando esto habíamos visto, nos sentimos atraídos de un profundo sentimiento de respeto y veneración hacia el joven Monarca.

Triste ha sido el recibimiento que Murcia ha hecho al Rey. Una ciudad enlutada no puede tener más sublime manifestación de cariño que la de las lágrimas; y Murcia recibió al Rey con lágrimas en los ojos; pero, en honor de la verdad, debemos decir que nunca hemos oído vivas más calurosos y espontáneos.

Sabemos positivamente que el Rey trajo 17,000 duros para repartirlos por su propia mano á los pobres; pero que la consideración de que no disfrutáran todos los desgraciados de esta limosna, con que quería solemnizar su entrada, le obligó á suspender prudentemente su primer impulso.

El Rey prohibió toda música, todo festejo, todo obsequio. Su mismo traje era modesto: hasta su palabra era conmovida y su interés anhelante.

A las comisiones que se presentaron á saludarle, de la Diputación, Ayuntamiento, Jueces de primera instancia y municipales, Cláustro de profesores del Instituto, Jefes y oficiales de la guarnición, Jefe Económico, Ingenieros civiles, Cabildo catedral con el Sr. Obispo y Curas párrocos, á todos les dijo lo que tuvimos el honor de oír de sus labios: ¡Verdaderamente es grande la desgracia de Murcia y debemos levantarla de su ruina!

A la mañana siguiente recorrió toda la parte inundada de la huerta. Salió por el camino de Cartagena, llegando á Aljucer, y desde un terrado de una casa de dicho pueblo, vió el triste panorama de aquel partido, igual, poco más ó menos, al que presentan Nonduermas, Beniajan y otros. De Aljucer pasó S. M. al Palmar, Alberca, camino de Santa Catalina, Estacion, Paseo de Corvera, Capuchinos, E

niajan hasta el molino del Marqués, porque los carruajes no pudieron pasar más allá. Después, atravesando la ciudad, pasó al camino de Espinardo, desde el cual se vé parte de la Albatalía. Le acompañaban el Gobernador, Alcalde, D. Joaquín Fontes, Marqués de Beniel, de Peñacerrada, Sandoval y gran número de ginetes de todas las clases del pueblo.

El Rey salió de Murcia en la mañana del 22. Parecía que la población, rejuvenecida, salía á despedirlo. Los vivas se sucedían fervorosos sin interrupción. Fué el primer día que vimos la sonrisa en los rostros de nuestras paisanas. Hasta el cielo estaba alegre; un tibia sol de primavera acariciaba la brisa de la mañana.

La vista de la estación, cuando el Rey marchó, era imponente. El Sr. Gobernador, D. Mariano Castillo, como buen murciano, dió solemne y públicamente las gracias á S. M. porque se habia dignado visitar á esta ciudad en su desgracia: concluyendo las breves, pero elocuentes frases, que dirigió al Monarca con un valiente viva que fué espontáneamente contestado por el pueblo.

Cuando el tren régio se puso en marcha, se le siguió con la vista hasta que desapareció del horizonte.



CAPÍTULO VI.

UN GRAN ACTO.

En la ciudad de Murcia y salon de sesiones del Ayuntamiento, á 28 del mes de Octubre, del año de 1879, bajo la presidencia del Excmo. é Iltmo. Sr. Obispo de esta diócesis Sr. D. Diego Mariano Alguacil, y con asistencia de los señores D. Mariano Castillo Gobernador civil de esta provincia, D. Agustin Escribano Presidente de la Diputacion provincial, D. Pascual Abellan Alcalde de esta ciudad, D. Ricardo Puente y Brañas Gobernador de Alicante, D. Antonio Blanquer, Sr. Conde del Valle, Sr. Marqués de Pinares, gran número de diputados provinciales, representantes de la prensa periódica y un numeroso pueblo de todas las clases sociales; hallándose presente el SEÑOR DON JOSÉ MARIA MUÑOZ, héroe de caridad, que habia llegado á esta ciudad á las ocho de la noche anterior y hospedándose casa del Sr. Marqués de Pinares: puesta sobre la mesa, en monedas en oro, la cantidad de 498.000 rs. dividida en 150 lotes de 3320 reales: ocupando el Sr. D. José Maria Muñoz la izquierda del Iltmo. Sr. Obispo, y precediendo una brevíssima plática del prelado, que pronunció con acento conmovido, procedióse á la distribucion de aquella cuantiosa y rica suma, que cubria brillando toda la mesa, entre los pobres y desgra-

ciados víctimas de la inundacion memorable. Habiendo dicho antes el Sr. Gobernador de esta provincia, como presidente de la Junta de Socorros, que para la eleccion de las personas que habian de ser favorecidas por la caridad del Sr. Muñoz, se había tenido la más escrupulosa delicadeza, habiéndose aconsejado, la Junta de Socorros, de los alcaldes, señores curas párrocos y vecinos honrados de los partidos inundados; y que la relacion de los nombres y las circunstancias que se expresarian darían á conocer al público en general, con cuanto acierto se había procedido.

Empezó el Sr. D. Mariano Castillo á llamar por sus nombres á los que habia de socorrerse, principiando por los del partido de Aljucer, y fueron llegando éstos, que tristes y llorosos recibian de manos del mismo Sr. D. José María Muñoz la limosna, prorrumpiendo en lágrimas y sollozos los que habiendo perdido todo cuanto tenían, se veían de pronto con las manos llenas de monedas de oro. El Sr. Muñoz estaba sereno, grave, sublime. Ponía el dinero en manos de los infelices con amor, con cariño, con tanta ternura, que una pobre mujer, de edad, deshecha en llanto se abrazó á su cuello y le llenó de besos el rostro. No hubo de entre los presentes un corazon que no se enterneciera; ni ojos que no lloraran, ni lábios que á gritos entusiastas no prorrumpieran en vivas y bendiciones para D. José María Muñoz. Ciento cincuenta familias vestidas de luto entraron pobres en el salon y salieron de él ricas; confesando que el héroe de la caridad, D. José Maria Muñoz, era la Providencia y el padre de los pobres.

Terminado tan impartante acto, el Sr. Obispo bendijo al Sr. D. José María Muñoz, y el Sr. Gobernador y el Sr. Alcalde le dieron las gracias en nombre de Murcia. y el jóven D. Pedro Diaz Cassou, con frase correcta y con gran corazon dijo:

«Un momento, señores. Este acto no debe terminar sin que se haga oír la voz de la gratitud del pueblo murciano. Yo quiero expresarla, yo me he levantado á decir algo, y ahora no sé qué decir. Es que hombres como el Sr. D. José Maria Muñoz se admiran, pero no se elogian; acciones como la suya se sienten, no se alaban: es que la gratitud no tiene mejor lenguaje que el conmovedor lenguaje de las lágrimas. (Grandes aplausos).

No sé qué decir, señores; no encuentro frases dignas de la grandeza de la obra, de la solemnidad de este acto. Se me ocurre suplicar á las autoridades que, al terminar este acto, pidan para el Sr. Muñoz, en nombre de Murcia reconocida, la distincion más alta que, por servicios á la humanidad, pueda conceder el Soberano. (Grandes aplausos) ¡Ah! me parece poco, señores, ¿qué es un título y una cruz cuando tanto se prodigan los títulos y las cruces? Vale más, mucho más, la gratitud de los favorecidos; el reconocimiento de cien mil murcianos; el aprecio de los hombres de bien de España; el aprecio y la admiracion de los hombres de bien de Europa entera, y el ver su nombre inscrito en una de estas lápidas de la sala capitular en que la generacion presente legue su agradecimiento á las generaciones venideras. Todo esto vale mas que un título ó una cruz y es todavía poco. El acto del Sr. Muñoz es tan raro, que no se tiene para el una recompensa, que no se sabe pagarlo. Pague Dios, lo que no pueden pagar los hombres; páguele Aquel que dijo: «si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dálo á los pobres»; y que dijo tambien: «el que dá en la tierra aterosa en al cielo». ¡Páguele Dios, señores!—

(Grandes y atronadores aplausos.—Vivas á D. José María Muñoz á quien el pueblo saluda.—Vivas al Marqués de la Caridad y Administrador del Evangelio.)»

El pueblo que llenaba toda la casa Ayuntamiento impedía el paso del señor Muñoz, y unos besándole la mano, otros victoreándole y todos aclamándole con júbilo, fué conducido á su casa morada.

=

El Sr. Muñoz volvió á Murcia y asistió á otra sesion del Ayuntamiento, donde en el mismo sitio en que él, con pródiga mano, repartió su fortuna, oyó que Murcia le declaraba su hijo adoptivo, el testimonio de mas señalado afecto que una ciudad puede conceder.

El Sr. Muñoz entregó su retrato, para recuerdo de Murcia, dejando consignado en él esta inscripcion:

RECUERDOS.

«La horrible y desastrosa inundacion del 14 de Octubre 1879.

Mi donativo de 60.000 duros efectivos repartidos por mi mano entre las víctimas de Alicante, Murcia y Almería.

Mis tres hijos adoptivos, huérfanos de padre y madre, ahogados por la inundación en la rambla de Cuevas, de 7, 5 y 3 años, que he recogido al verlos en el mayor desamparo, para librarlos de la miseria, de su perdición, llevándome los á mi casa, y dárles, con mi cariño, educación, carrera, y asegurar su porvenir.

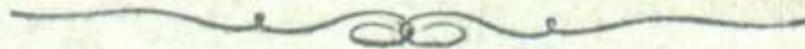
Las entusiastas y nunca vistas aclamaciones de que he sido objeto por todas partes, sin merecerlo, porque lo hecho es cumplir con un deber que tiene todo hombre honrado y cristiano, cuando, sin perjuicio de familia ni de nadie, puede hacerlo.

Mis siete coronas que en Lorca y Cuevas colocaron sobre mis sienes las señoritas mas distinguidas, ángeles del cielo que bajaron á la tierra.

La gran cruz de Beneficencia que me ha concedido el Gobierno da S. M. y que Murcia me ha regalado y colocado sobre mi pecho, hoy 13 de Noviembre de 1879.

Todo lo cual significa el triunfo de la Caridad, que es hija entrañable de Dios y del progreso humano. ¡Viva la Caridad!

JOSÉ MARIA MUÑOZ.



CAPÍTULO VII.

LOS REPRESENTANTES DE MADRED.

El sábado, día 19, en el tren correo, llegaron á esta ciudad los Excmos. Sres. D. Naniel Maria Santana, propietario de «La Correspondencia de España», D. Manuel José de Galdo, sábio profesor y alcalde que fué de Madrid, D. Joaquin Martin Olias, director del «Globo», y los secretarios de la Junta de Socorros Sres. Rolo, Martinez Lumbreras, y Andreu, redactor este último del «Imparcial.»

Hallábase tambien en esta ciudad el representante del «Liberal» Sr. D. Mariano Araus.

Conocida la llegada de los primeros, salió á recibirlos á la estacion del ferro-carril, una comision de la Junta de Socorros, compuesta del Sr. Gobernador y representacion del ayuntamiento. El Sr. Santana, en cuanto llegó á la Fonda del Comercio, organizó una oficina, y se dispuso á entender en el grave asunto que le habia traído á esta ciudad.

En cuanto tuvimos noticia de la llegada de estos señores, corrimos á ponernos á sus órdenes, porque la mision que habian echado sobre sus hombros era de tal importancia y trascendencia, que después de las autoridades quisimos ser de los primeros en ofrecernos.

La mision que trajeron dichos señores, especialmente los

Sres. Galdo y Santana, está comprendida en la siguientes palabras, pronunciadas por ellos en una reunion habida en el Círculo Mercantil y en la que se hallaba la Junta directiva de socorros de Madrid.

El Sr. Galdo: «Nosotros, si esta Junta aprueba el acuerdo del comité, vamos á Murcia, y vamos á estudiar, porque yo, aparte de algunos estudios especiales de ella, desconozco la hoy triste provincia de Murcia, que ayer embellecian innumerables plantíos. El Sr. Santana, que es hombre práctico, podrá ayudarme mucho y confío que algo conseguiremos. Nuestra mision es averiguar qué remedio conviene aplicar desde luego inmediatamente, qué otros pueden allegarse mas tarde para que las desgraciadas provincias se repongan del desastre sufrido, y por último, qué determinaciones deberán adoptarse en lo sucesivo, qué obras emprenderse, para evitar que estas catástrofes se repitan. Yo me he interesado por Madrid, y mi corazon se llena de noble orgullo al ver los sentimiento generosos y el noble desprendimiento con que en esta ocasion procede. A él corresponde la gloria del pensamiento que aquí nos congrega. Al Gobierno consignar en el presupuesto de la Nacion una cantidad para aliviar tanta desventura.»

El Sr. Santana: «Uno de mis más ardientes deseos ha sido siempre contribuir á que los trabajadores tengan viviendas cómodas; uno de mis mas ardientes deseos en estos momentos, es que los desgraciados tengan albergue. Pero esto es para mas tarde. Lo que urge es otra cosa. En las provincias inundadas hay séres á quienes les falta pan: es preciso dárselo; hay quienes no pueden cubrir sus carnes: es preciso que reciban las ropas que la caridad de Madrid les dá; la salubridad pública amenaza perderse: es preciso que se conserve.»

La Junta acordó que los Sres. Santana y Galdo, viniesen con el objeto expuesto, á Murcia.

Y en efecto, los representantes del pueblo de Madrid han llenado en esta ciudad cumplidamente su mision. Fueron al seno de la Junta y la infundieron calor y vida. Cuando nuestro amigo D. Antonio Hernandez Amores propuso como la mas urgente y apremiante necesidad la limpia de los cáuces de la huerta, los Sres. Santa Ana y Galdo ofrecieron en nombre del pueblo de Madrid subvenir á esta gran ne-

cesidad; cumpliendo despues generosamente lo ofrecido.

El Sr. Galdo; un hombre que atrae; se vé en su semblante es lo que piensa su alma, y de su boca no se oye mas que las palabras que dicta su corazon. Su misma figura es simpática: tiene en sus ojos grandes y expresivos el fuego de la juventud; y en las canas que blanquean su barba y su cabeza la respetabilidad de la experiencia.

El Sr. Santa Ana pertenece al pueblo. Es la actividad en accion. Para él el mandar, el ordenar, el organizar, es una segunda naturaleza.

Galdo y Santa Ana parecen un hombre solo; pensamiento y accion.

La Junta de Socorros de Murcia, con la presencia de estos señores, no hizo mas que tomar acuerdos. Proponer y acordar, todo era uno. Santa Ana y Galdo vinieron con el pensamiento de la descentralizacion. Quitaron el pan y las ropas de manos de los hombres y los entregaron á las señoras; formando con estas una asociacion, que, cualquiera que sea su ulterior suerte, por el pronto produjo excelentes resultados.

Los representantes del pueblo de Madrid han mirado con especial cariño el problema de la construccion del albergues, y si no lo han resuelto, porque es dificil, interesando á sus representantes en la construccion de gran número de casas, procuran disminuir su gravedad.

La noche en que se supo aquí que el Sr. Santana había sido elegido senador por Toledo, se le dió una serenata, á la que acudieron la banda de la casa de Misericordia y la orquesta del Sr. Mirete: y el senador electo recibió en aquella noche, en la Fonda del Comercio, donde estaba alojado, numerosas felicitaciones de los individuos de la Junta de Socoros que acudieron con dicho objeto; ¡teniendo en aquella hora, el primer momento de respiro y de alegría, despues de la desgraciada inundacion.

El Sr. Santana obsequió á los que le felicitaron; dió una limosna á los niños de la Casa de Misericordia; y un obsequio al director de orquesta Sr. Mirete, manifestando á todos los circunstantes que se encontraba altamente satisfecho.

A despedir al señor Santana, el dia de su partida á Madrid, acudieron las autoridades y numeroso pueblo, com-

puesto particularmente de habitantes de la huerta, que él había vestido.

Los vivas se sucedieron unos á otros: ¡Viva D. Manuel Santana!—¡Viva D. Manuel Galdo!—¡Viva Madrid!—¡Viva España!

Y un amigo nuestro, que es todo corazón, llegó á decir: ¡Viva el extranjero!—Bien dicho.

Por mano de los representantes del pueblo de Madrid han llegado á Murcia: muchos miles de duros, mucha ropa y mucho trabajo para los pobres. Han dejado aquí testimonios perennes de su caridad y de la caridad del pueblo de Madrid; y solo se ha llevado el Sr. Santana, para su nieta, una estampa de la Virgen de la Fuensanta.

Al pié de esa estampa, que dibujó el inmortal Rosales, podría ponerse la siguiente inscripcion:

**PATRONA DE LOS MURCIANOS,
PROTEGE Á LOS QUE AMPARAN Á TUS HIJOS.**



CAPÍTULO VIII.

CONCLUSION,

Vamos á concluir este trabajo, por terminarlo. Ciértamente nos lo dejamos incompleto; pero no podemos hacer mas. Quisiéramos consignar la estadística de nuestras pérdidas, para que los números, con su aterradora elocuencia hablasen por nosotros, pero no hemos podido hacernos de las cifras. Bastante decimos, con consignar que, al mes de la inundacion, no sabemos todavía las casas, barracas y otros albergues que hay destruidos. No sabemos, nosotros mismos, á quanto podia ascender el valor de lo que habia sobre la tierra, ni calcular aproximadamente cuanta será la pérdida general de la huerta de Murcia.

Todavía cubre el tarquin la extension de la hermosa vega; todavía está sembrada de ruinas la comarca, desde Alcantarilla hasta Beniajan, y desde los Garres hasta la Albatalía; pero la caridad de España ha dado pan, trabajo y abrigo á nuestros miserables hermanos.

Mal expresado estará; pero los que lean estas páginas, dedicadas á la gloria de España, habrán comprendido nuestro agradecimiento. El dia de la calamidad, nos creíamos solos; pero después hemos visto que con nosotros estaba la nacion; y ante ese hecho magnánimo; que nos engrandecerá ante el

mundo, nuestros ojos lloraron lágrimas de nuestro corazón agradecido.

Ha sido tan general y grande el movimiento de simpatía que han merecido las ciudades y los pueblos inundados, que es imposible á estos corresponder cumplidamente al beneficio recibido. ¿Qué puede hacer Murcia, una ciudad modesta, y hoy pobre y lacerada, ante las pruebas de simpatía que ha recibido, no solo de toda España, sino de las naciones extranjeras? ¿Qué monumento imperecedero puede levantar, digno de tanta grandeza? Lo mejor es reconocer nuestra pequeñez; hacer constar que nos sentimos anonadados, pequeños, humildes, para levantarnos á la altura de la sublime conmiseración que hemos merecido á Europa.

España, nuestra gran nación, que parece como que ha revivido en sus grandezas históricas á la vista de nuestras desgracias, tiene el deber de responder ante el mundo por los pobres pueblos inundados. Nosotros, aquí, todos somos hermanos: la unidad nacional se ha consolidado entre las inmensas corrientes de simpatía que de todos los pueblos de España han descendido á los desgraciados; los dialectos se han borrado con el lenguaje de la caridad; los intereses locales han desaparecido, ante el infortunio de una comarca; y en esta cruzada española, en que se ha peleado por arrancar de la miseria á los pueblos destruidos, hemos conquistado, para ante nosotros y para ante el mundo, el nombre de pueblo magnánimo con que hemos llenado las páginas de la historia.

Cuando reyes y emperadores, y pueblos y naciones, compiten en aliviar la desgracia de unos pueblos miserables sobre los que ha desatado sus rayos el génio del mal, de tal modo se sienten estos abatidos y resignados, que tienen como nueva desgracia la convicción de no poder corresponder á la inmensidad del beneficio.

Ah! pero España, la madre angusta de estos desgraciados pueblos, dirigiendo el poderoso génio nacional por los senderos del agradecimiento, sabrá patentizar al mundo, en nombre de los pueblos desgraciados, un reconocimiento tan grande como el beneficio recibido.

Lo que nosotros hemos podido hacer, lo hemos hecho. El Ayuntamiento ha honrado á la prensa de Madrid, nombrando á sus representantes hijos de esta ciudad; ha hecho cons-

tar en actas su agradecimiento para todos los que nos han socorrido. La prensa local ha pedido tambien para todos sus compañeros, las distinciones á que se han hecho acreedores. Nosotros, hoy, al concluir nuestro trabajo, tenemos que rendir un recuerdo de gratitud á la prensa de las provincias, que toda, sin excepcion, ha levantado noblemente el espíritu de las localidades, excitando la caridad en beneficio de los desgraciados. Un recuerdo tambien para nuestra ciudad vecina, para nuestra hermana Cartagena, que ha sentido con nosotros nuestra desgracia, y ha sido de las primeras en favorecernos. Un recuerdo, y recuerdo de gratitud eterna merecen igualmente la Junta de Socorros de Madrid, que preside el Patriarca de las Indias, como así mismo la de Senadores y Diputados por esta provincia, á cuyo frente se halla el ilustre repúblico, hijo adoptivo de esta ciudad, D. Antonio Cánovas del Castillo; y finalmente, para todos los murcianos, que ausentes de su patria, han llorado por ella en su ausencia y desde allá la han socorrido, un abrazo cariñoso.

